

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

un refresco de sangre y piña

SILVER KANE



UN REFRESCO DE SANGRE Y PIÑA

SS Nº 1273

Autor: Silver Kane

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

EL avión, un viejo «Caravelle», ya muy atrotinado, con los asientos raídos y los motores a punto de reventar, despegó con dificultad de la pista del aeródromo de Puerto Cabello y sobrevoló las largas hileras de cocoteros más allá de los cuales estaba el mar inmensamente azul, inmensamente quieto, sin una nube.

El piloto hizo un gesto de preocupación al ver que apenas ganaba altura y trató de calcular cuántas horas de vida les quedaban a aquellos motores antes de que ocurriera un desastre. No en vano el «Caravelle» había hecho muchos años servicio regular entre París y Toulouse antes de ser vendido a una compañía de vuelos charter que lo explotó al máximo, cediéndolo luego, poco menos que como chatarra, a la tronada Inter-Island Airways, que realizaba pequeños vuelos sobre el Caribe. Pero, tras unos instantes de suspense, los motores volvieron a runrunear bien, como siempre, y el aparato empezó a sobrevolar las aguas.

—El día que venga una inspección seria nos lo retiran —musitó el piloto—. No cumplimos ninguno de los mínimos...

Luego enfiló hacia la legendaria Isla Tortuga.

Los ojos del piloto fueron hacia las rodillas torneadas de la chica.

Lefia —además la preciosidad tenía la virtud de llamarse Lefia —preguntó:

—¿Cuándo llegamos a Vallerrico?

El jefe de policía de Vallerrico, la república cuyos dominios se concentraban sobre sólo tres islas, volvió la cabeza al oír mencionar su país. Envolvió a la muchacha en una mirada metálica, dura, pero

al mismo tiempo infinitamente ansiosa. Detrás de aquella mirada parecía palpitar el deseo de amarla, pero también el deseo, mucho más oscuro, de destruirla después:

Contestó antes que el piloto:

—Llegaremos en una hora, señorita. Y espero que se encuentre usted bien entre nosotros.

—¿Usted se queda en Vallerrico?

—¡Qué remedio! Soy el jefe de policía...

El piloto musitó:

—¿Usted baja en Vallerrico?

—No. Soy huésped del gobernador británico de Saint Kitts, pero volveré a Vallerrico la semana próxima. Hago un tour de todo el Caribe. Ya lo sabe usted... Fotografías, desfiles en bikini, declaraciones a la Prensa..., todo eso. Propaganda, en resumen, para que los turistas vengan.

Una hora después aterrizaban en Vallerrico.

Leila tuvo la sensación de que el tren de aterrizaje iba a chocar con las copas de los cocoteros, y hasta por un instante contuvo la respiración. Su pulso no pareció recobrar el ritmo normal hasta que sintió el «tac, tac» de las ruedas posándose en la pista.

Vio a los pasajeros que esperaban tomar el avión en la pequeña terraza del edificio central. Uno de aquellos pasajeros, un hombre alto, delgado, de gafas oscuras, quedó grabado en su retina como una sombra negra, como una estampa anacrónica bajo la deslumbrante claridad tropical. Pero unos segundos después ya lo había olvidado. Varios fotógrafos sudorosos, enviados especiales de las revistas turísticas, ya corrían con sus máquinas hacia el aparato.

Leila se quedó a media escalerilla, hizo unas cuantas poses, se subió la falda pícaramente, sonrió y dejó que impresionaran con su bonita imagen docenas de placas. Sabía que muchas de ellas aparecerían después en grandes posters, en los escaparates de las agencias de viajes, con este texto: «¡Vuele al Caribe! ¡ELLA LE ESPERA!» Por supuesto que cuando los gordos negociantes de Wall Street se dejasen convencer, Leila ya no estaría allí, pero eso importaba poco. En los bares elegantes, donde se bebía zumo de piña a cuatro dólares el vaso, ya encontrarían a alguna que, más o menos, se le pareciese. Y que estuviera más dispuesta que ella a

complacer sus caprichos.

El hombre de las gafas negras miraba a la chica desde la terraza.
Murmuró:

—Preciosa...

Tenía un leve perfil de buitre.

Al igual que el jefe de policía, clavó en las líneas turbadoras de Leila una mirada que no era de simple deseo, sino de ansia de destrucción. No en vano las mujeres habían sido una mercancía muy barata, durante siglos, en aquellas islas. Los piratas las traían desde todas partes del mundo. Eran tan baratas que muchas de ellas «sólo servían para una vez».

Aquellas fueron durante siglos las islas del amor pero también de la muerte.

El tipo de las gafas negras dejó de clavar su mirada cruel en los muslos de la chica. Había notado que alguien le rozaba la espalda.

—Señor Suances...

El hombre de las gafas negras musitó:

—¿Qué ocurre?

—Usted va a Saint Kitts...

—Sí. Tomo el avión ahora.

—El señor ministro del Interior desea darle algo. Es muy confidencial. Le espera en el despacho del jefe del aeropuerto.

—De acuerdo. Voy.

Desde la terraza vio que el jefe de policía descendía del «Caravelle» y se metía en el coche oficial que le estaba esperando al pie de la pista. Luego, Suances volvió definitivamente la espalda y se dirigió al despacho principal, donde imperaba una grata penumbra. Allí le estaba esperando el ministro del Interior, el hombre más poderoso del país, más poderoso aún que el propio jefe del Estado. Los dos hombres se estrecharon las manos en silencio.

—Señor Gordon —dijo Suances con expresión de perro que espera merecer un favor—. ¿En qué puedo servirle?

—Necesito llevar unos documentos a Saint Kitts, querido amigo —dijo Gordon—. Con gusto se los hubiera dado a mi jefe de policía, pero ya se habrá dado cuenta de que se apea aquí. Usted, en cambio, va a Saint Kitts. Lleve, por favor, estos documentos y entréguelos a Juárez, mi ayudante, que le estará esperando al pie

de la pista.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso, querido Suances. Sé que puedo confiar en usted.

—No faltaba más. Por cierto..., ¡jejem...! Llevo tiempo haciendo viajes por cuenta del Banco Nacional. Usted sabe que..., ¡jejem...!, el dinero que se me confía para que lo saque del país es de algunos importantes personajes. Con algunos de ellos he hablado de un posible ascenso, pero hace falta...

—Sí, ya sé. Hace falta mi aceptación, querido Suances. Pero no se preocupe. Al regreso, cuente con ella.

El hombre de las gafas negras sonrió, pues sabía que Gordon, en aquellos aspectos, no mentía nunca. Luego consultó su reloj y se dio cuenta de que faltaban sólo cinco minutos para que el avión despegara con rumbo a su nueva escala. Tendió la mano al ministro del Interior y abandonó la fresca penumbra de aquel despacho para dejarse aplastar de nuevo por el tórrido sol del Caribe.

Gordon salió también a la terraza. Vio subir a Suances con el maletín que él le había dado. Vio que el «Caravelle» despegaba lenta y fatigosamente, renqueando como un animal demasiado viejo.

Vio que rozaba casi las copas de los cocoteros otra vez.

Miró el segundero de su cronómetro.

Y fue calculando:

Ocho... Siete... Seis... Cinco...

La explosión se produjo antes de lo previsto. Justo cuatro segundos antes. El trueno «Caravelle» apenas había alcanzado los ochocientos metros de altura.

Todo él se deshizo. Se convirtió en una bola de fuego. La gente que estaba en el único aeropuerto de Isla Magna, empezó a lanzar frenéticos alaridos, mientras los pedazos ardientes del aparato llegaban hasta la mismísima pista.

Lo único que Gordon musitó fue:

—Ya has ascendido, Suances...

De pronto pareció pensar algo que no le acababa de hacer gracia. Mientras se volvía, añadió:

—Lástima de chica. Era guapa de verdad, qué demonios... Aunque quizá haya suerte: quizá hayan quedado enteras sus

piernas...

Y desapareció de nuevo en la penumbra.

CAPÍTULO II

EL hombre era alto, fuerte, realmente atlético. Tenía un cierto aire nórdico a causa de sus cabellos rubios, pero sólo con ese dato uno no hubiera podido adivinar el lugar de su procedencia.

Aquel hombre parecía llevar una pieza de cada sitio, y también su mismo cuerpo parecía proceder de distintos lugares y distintas razas. Si su aspecto era nórdico, sus ojos brillantes eran latinos. Y si sus ojos eran latinos, sus puños eran de campeón norteamericano. Y si sus puños parecían haber nacido en un ring, sus piernas largas eran las de un saltador jamaicano de altura.

Aquel hombre silencioso y ligeramente tétrico vio cómo el último de los ataúdes era depositado en la fosa y escuchó sin pestañear las salvas de ordenanza que disparaban al aire unos cuantos soldados en uniforme de gala. Todas las autoridades de Vallerrico habían querido sumarse al acto del sepelio, constituyendo una especie de duelo nacional. Sólo faltaba Gordon, el ministro del Interior, que se sentía indispuerto. Pero el propio jefe del Estado, vestido de negro, presidía el acto.

La tierra empezó a caer sobre los ataúdes.

El último había sido el de Leila. Bueno, lo que quedaba de Leila, puesto que la explosión se había producido en el departamento de primera clase.

Alguien musitó a su lado:

—Menuda falta de respeto...

Porque, en efecto, el hombre de cabellos rubios tenía entre los labios un grueso cigarro. Claro que no lo había encendido. Pero un cigarro en los labios es lo menos adecuado para un entierro sobre

todo cuando a él asisten las primeras autoridades de un país.

Aquel hombre, que debía tener unos treinta años, no se inmutó, pese a haber oído la frase. En realidad no se había inmutado para nada durante la triste ceremonia, para la que acababa de llegar aquella misma mañana en el avión procedente de Port au Prince, la capital de Haití. Dio media vuelta y salió del pequeño cementerio, donde las escasas lápidas estaban esculpidas en cuatro idiomas: español, inglés, francés y flamenco. Pues no en vano la isla había sido colonizada por los españoles, pero luego llegaron los piratas ingleses y franceses y los comerciantes con casa central en Amsterdam. Todos habían ido dejando allí, bajo el ardiente sol del Caribe, sus recuerdos, su dinero, sus hijos y, en definitiva, sus huesos.

El hombre vio perfectamente los coches que esperaban en la llamada Alameda Ministerial, un espléndido paseo de palmeras que llevaba desde la colina hasta el mar, y desde el mar hasta la Casa de Gobierno. También una doble hilera de soldados vigilaba allí, pero se deshizo en cuanto las autoridades subieron a sus coches y se largaron con viento fresco. Unos cuantos reporteros llegados expresamente también se largaron al trote con sus cámaras. En unos instantes, el hombre de los cabellos rubios quedó solo.

Se puso entonces su sombrero «Panamá» de paja trenzada, después de asegurarse de que el forro interior estaba perfectamente alisado. Siempre con el cigarro sin encender en los labios, bajó poco a poco hasta la Alameda Ministerial.

Vio perfectamente el coche.

Y los dos hombres.

Los conocía demasiado bien. Le habían estado persiguiendo desde que puso los pies en Haití con la idea de hacer un trabajo especial. Habían ido tras sus huellas pensando en convertirle en picadillo, pero sus propósitos habían quedado fallidos gracias a que siempre pudo darles esquinazo. Y, sin embargo, ahora estaban allí. Habían llegado seguramente desde Haití en una avioneta especial.

Los miró. Negros, fuertes, con herméticas gafas.

Eran los clásicos «tontón macoute». No engañaban a nadie. Durante los tiempos del presidente Duvalier, el inefable «papá Doc» de la República de Haití, su policía estaba formada por hombres como aquellos. Los implacables «tonton macoute» mataban en

secreto, enterraban en secreto, violaban en secreto, y constituían una fuerza ciega e infalible que garantizaba el poder absoluto del dictador. Incluso la gente decía de ellos que eran inmortales, que estaban protegidos por los sortilegios del «vudú» y que era inútil luchar contra su implacable fuerza.

Ahora, pese a la muerte de «papá Doc», las cosas no habían cambiado demasiado. Los «tonton» seguían imponiendo su ley. Y su largo brazo llegaba no sólo a los últimos rincones de Haití, sino también a cualquier isla del Caribe. Sin ellos, muchas cosas de las que ocurrían en aquellas playas del paraíso no se explicarían.

Los dos hombres avanzaron hacia él.

El hombre de los cabellos rubios había esperado aquello. No se inmutó. Había tenido los ojos clavados en el maletín desde que vio que aquel tipo lo llevaba en la mano derecha.

Por eso actuó antes de que la metralleta estuviese completamente montada. De pronto, sus dedos fueron hacia la funda axilar que llevaba bajo la americana. Pese a llevar un silenciador acoplado a su «Smith & Wesson» y ser por ello más difícil ponerla en línea de tiro, no perdió ni un segundo. Su movimiento fue instantáneo. El hombre de la metralleta apenas se dio cuenta de nada.

La bala le pasó por el centro de la frente. Le salió por la nuca.

El largo tubo de la pistola dio un suave giro y enfiló al otro hombre. Este había lanzado un gritito, sin saber aún cómo reaccionar, pues no esperaba de ninguna manera que su enemigo fuese tan rápido.

La bala le alcanzó cuando giraba.

La encajó de lleno.

Este sí que se dio cuenta de que moría, porque durante unos instantes sintió en el hígado un dolor que le abrasaba. Luego chocó contra el lujoso coche que estaba aparcado a poca distancia. Lanzó un grito de impotencia y de dolor mientras intentaba abrir la portezuela trasera. Luego, nada.

El hombre de los cabellos rubios fue a avanzar. De pronto vio aquel relampagueo a su derecha. No tuvo tiempo de volverse.

La «Smith & Wesson» saltó en dos pedazos. El hombre que acababa de disparar era cualquier cosa menos un aficionado.

Hubiese podido liquidar a su enemigo caso de pretenderlo.

Ahora el hombre alto y rubio estaba sin armas.

Volvió la cabeza.

Los dos que avanzaban eran como los otros dos. Con la diferencia de que los primeros estaban muertos y estos segundos gozaban de excelente salud. Con la diferencia de que el de la metralleta ya no apuntaría a nadie más, y éstos, en cambio, empuñaban pistolas «Luger», una de las cuales humeaba ligeramente.

El que había disparado gruñó:

—Vance.

El joven de los cabellos rubios alzó las manos un poco. Pero no se le ocurrió mover el cigarro que aún sostenía entre los labios y que seguía sin encender. Más tranquilidad no podía pedirse.

—¿Por qué no me habéis matado? —susurró.

—Porque las órdenes son las de llevarte vivo a Port au Prince. Tienen que sacarte la verdad. Tienen que saber a qué has venido.

—Pues muy sencillo —dijo Vance—. Si es por eso, yo os lo explicaré. Fue un encargo de la compañía de seguros Logan.

—¿Trabajabas para ellos en Haití?

—Claro. ¿Qué tiene de malo?

—¿Y a quién te habían ordenado buscar?

—Muy sencillo... También os lo diré, ya que os habéis molestado en seguirme hasta el territorio que podríamos llamar neutral de Vallerrico. McKinley atracó un casino de Las Vegas, mató a dos mujeres y se largó del país con un millón de dólares. Se sospechó que estaba en Haití y que contaba con la protección de algún capitoste del Gobierno. Un millón de dólares hacen que la gente le preste bastante atención a uno. La compañía Logan tuvo que pagar al casino y ahora quiere recobrar la pasta. Por eso me envió a mí.

Sonrió y añadió, con los brazos ligeramente en alto:

—Y McKinley os envió a vosotros, ¿no?

Los dos hombres reaccionaron enseguida, chirriando los dientes. Se situaron a sus lados sin dejar de apuntarle y uno de ellos señaló hacia el coche detenido a poca distancia.

—Vamos —dijo—. Una avioneta nos espera.

—Pero ya os he dicho la verdad. ¿Qué más queréis?

—McKinley desea verte.

—Y torturarme, ¿no? E ir enviando mis pedazos a Chicago, a la compañía Logan, hasta que ésta renuncie a cualquier reclamación, ¿no es cierto?

Ninguno de los dos contestó.

Por lo tanto, era cierto.

—Si salí de Haití tan aprisa fue por asistir a ese entierro —dijo Vance, con la misma calma glacial—. De otro modo hubiera estado encantado saludando a McKinley—. ¿Dónde vive?

—Pronto lo verás.

—De acuerdo. Cuando uno pierde, es que ha perdido. Vamos...

Y llevó un momento la derecha al sombrero. Fue un gesto demasiado significativo. Hubo en ese gesto algo que llamó por fuerza la atención.

El pistolero que estaba a su derecha murmuró:

—A veces se lleva una pequeña pistola debajo del sombrero. Nosotros no somos idiotas, amigo. Quítatelo.

Vance se lo quitó con la mayor naturalidad y lo puso con fuerza en la cabeza del que había hablado, aplastándolo casi.

—Toma —gruñó—. Así te convencerás de que no llevo nada.

Y miró al otro.

—¿Me das fuego?

—¿Para ese cigarro que llevas hace dos horas?

—Claro. ¿No te gusta la marca?

—Suéltalo. Escúpelo... No te van a quedar ganas de fumar dentro de poco. ¡Hala, fuera!

Vance musitó:

—Claro. Lo tiraré con mucho gusto. Al fin y al cabo, mi mujer me ha prohibido fumar.

—¿Qué mujer?

—Una de las quince que tengo.

Y escupió el cigarro de su boca, tomándolo con la mano derecha. Pero el otro abrió entonces unos ojos enormes, unos ojos desencajados, unos ojos que se negaban a creer.

Porque el cigarro tenía una segunda parte, precisamente la que

Vance llevaba dentro de la boca. Esa segunda parte era una hoja de acero afilada como una navaja de afeitar y brillante como un rayo de luz. En realidad, el cigarro constituía el mango de aquel arma mortífera.

El acero rasgó la garganta como una caricia.

Fue instantáneo.

Sus ojos se desencajaron aún más.

Porque veía a Pierre, su compañero.

Veía su cara negra convertida también en una máscara frenéticamente roja.

—Hum... La aguja envenenada que hay en el forro superior penetra hasta el cerebro —dijo Vance, con una calma glacial—. Si alguien me llega a apretar el sombrero por arriba cuando lo llevaba puesto, me mata a mí. No sabéis el miedo que he pasado.

Y fue sin prisas hacia el coche en el que tenían que haberle transportado hasta la avioneta. Alguien intentó arrancar bruscamente.

Pero ya no pudo.

Vance abrió la portezuela.

Puso una mano en el volante.

Con la otra sacó a la chica.

La tiró por el suelo.

Vance musitó solamente:

—¿Por qué?

—Me pagaban bien —dijo ella desde el suelo, mientras temblaban sus labios pulposos—. Sólo por eso.

—¿No se han atrevido a alquilar un coche normal?

—No.

—¿Y por qué éste?

—No llama la atención. La gente de aquí lo conoce. A muchos extranjeros los llevo.

—¿Adonde?

—Al Semiramis —dijo ella.

—El Semiramis es un hotel, ¿no?

—Por eso no llama la atención. Llevo a forasteros continuamente.

—Más que un hotel, el Semiramis es otra cosa —dijo él, con una leve sonrisa—. No van mujeres allí. Las mujeres las encuentra uno servidas cuando llega.

—¿Te disgusta? —masculló la mulata mientras brillaban sus ojos cargados de odio.

—No. ¿Por qué va a disgustarme? ¿Cómo son?

—Como yo.

Vance musitó:

—Pues llévame a mí, nena. Siento haberte desgarrado un poco el vestido, pero te compraré otro. Llévame al Semiramis. ¿Es buena hora?

Ella le miró sorprendida. Nunca creyó que aquel tipo inexplicable reaccionaría así. Estaba segura —al menos hasta aquel momento— de que iba a matarla para borrar todo testimonio de lo sucedido. O de que quizá llegaría a un acuerdo con el jefe de la policía para entregarla, acuerdo que consistiría en que el jefe de policía no causaría molestias a Vance a cambio de explotar a la chica por su cuenta.

Pero en lugar de eso, Vance dio diez dólares a la mulata.

—¿Cuesta más la carrera? —preguntó.

La chica se alisó la falda.

—Oh, no, señor. De modo que al Semiramis, ¿eh? Y una vez allí, ¿qué deseará?

Vance encendió un cigarro, éste de verdad, y dijo con la expresión más amable del mundo:

—¿Qué va a desear un hombre en estos tiempos, muñeca? Un servicio completo.

CAPÍTULO III

DESDE la cúspide de Cerro Libertador, el punto más alto de las cercanías de la capital, el hombre soltó el potente telescopio de monedas con el que había estado observando. Era un telescopio para turistas, uno de esos aparatos tragaperras que hay en los lugares típicos y altos para que uno pueda chafardear el paisaje. Pero el telescopio era de alta calidad, y el día era tan limpio que todo se veía maravillosamente. El hombre había asistido al desenlace de la pelea como si acabara de verla desde primera fila de ring.

Balbució al que se encontraba junto a él:

—Ha sido increíble.

—¿Ha podido con ellos?

—Con todos. Cuatro en un instante. ¡Y qué trucos! Yo creí que era hombre muerto cuando se han acercado a él.

—¿Adónde va ahora?

—No lo sé, pero el coche es del Semiramis. Puede que se dirija allí.

—Entonces hay que enviarle un mensaje. Y urgente. Es el hombre que necesitamos.

—Creí que exageraban al hablar de él.

—No, no han exagerado. Resultaría muy difícil que un hombre así vuelva a aparecer; por esta parte del Caribe. Hay que aprovecharlo.

Y los dos hombres se separaron. Uno de ellos tomó una motocicleta «Harley-Davidson» 1.200, que le llevó enseguida a la capital. El otro, el más viejo de los dos, se internó a pie entre la

espesa vegetación que se iniciaba a pocos pasos del mirador. Doscientos metros más allá había un restaurante, pero estaba vacío. Lo habían clausurado la noche antes por dedicarse una de sus salas al juego. Claro que uno de los que iban a jugar a veces allí era el propio ministro del Interior, pero...

En fin, ya se sabe que ocurren cosas extrañas a veces. Cosas que son injustas. Lo cierto era que aquel restaurante-casa de juego estaba clausurado cuando otros funcionaban en la mayor impunidad.

El hombre de más edad, el que había atravesado aquella especie de jungla para llegar a la capital de Isla Magna, se puso enseguida en movimiento. Entró en una casa baja situada en el barrio de San Carlos, el más pobre de la capital, aunque procuró que no le viese nadie. Eso fue relativamente sencillo, porque la única zona habitada que atravesó fue una serie de infectos solares en los que jugaban los chiquillos mestizos con las ratas de pura sangre. Luego se metió en el edificio por una puerta trasera.

Llegó a una habitación casi a oscuras, que tenía una sola ventana con las cortinas echadas. Tres hombres más estaban reunidos allí. Los tres tenían esa elegante corpulencia de los mulatos del Caribe, aunque eran blancos. Los tres usaban camisas amarillas de burda tela y tenían las manos puestas sobre sus metralletas, pero las retiraron enseguida al ver quién era el que acababa de llegar.

Este dijo solamente:

—No encontraremos otro igual en mucho tiempo. Es el hombre.

* * *

El hotel Semiramis había resultado ser exactamente tal como lo imaginaba Vance.

El más perfecto sabor del viejo Caribe se respiraba allí. Y hay que aclarar que, fuera de la dueña, una elegante mulata de cabellos blancos que no se movía de la caja registradora, todo el personal estaba reclutado entre chicas de veinticinco años como máximo. Lo mejor de las islas venía para trabajar allí.

Y realmente se trabajaba. Los servicios del hotel eran perfectamente normales, irreprochables y asépticos, pero el cliente sabía que cualquiera de las mujeres allí empleadas podía tener una doble utilidad. Bastaba con un solo gesto. Por eso las facturas del

Semiramis eran tan elevadas, por eso no se admitían matrimonios y por eso algunos clientes demasiado viejos habían sido sacados más de una vez en camilla.

No parecía que ese fuera el caso de Vance.

Alto, distinguido, fuerte, las chicas pensaron enseguida que aquel año iban a caer pocos clientes así.

La que le había acompañado preguntó:

—¿Alguna preferencia?

—Oh, claro...

—¿Cuál?

—No sé si estará mal visto —dijo—, pero en este país, ¿puede uno quedarse con el taxista?

La preciosa mulata sonrió halagada. Después de haber visto actuar a Vance en otros terrenos, se estaba preguntando si en la intimidad sería tan peligroso como había demostrado serlo en la Alameda Presidencial. Por eso musitó:

—Bueno... En este país un taxista sirve para todo. Claro que conmigo tienes un peligro: mi coche y yo estamos en rodaje.

—¿Poca experiencia?

—Con hombres como tú, ninguna.

Vance le dio un cachetito.

Quiso ser suave.

Pero la chica casi se levantó del suelo mientras llevaba una mano a la carnosa parte afectada y gemía:

—¡Aaaaayyy!

—Vete a cambiarte de vestido. No me gustan los vestidos rotos —dijo Vance.

Y entró en la habitación que le habían asignado. La habitación daba a un maravilloso jardín con todos los tonos del verde.

Oyó un suave taconeó.

La mulata volvía.

La que entró no necesitaba cambiarse de vestido. ¿Qué diablos iba a cambiar? Pero no era la misma. Era una muñeca alta, morenaza, agresiva, temblorosa de pasión, de labios entreabiertos, de manos quietas... sobre la metralleta que empuñaba.

Vance nunca había visto una cosa igual.

Una chica tan bonita con un instrumento tan feo.

Alzó las manos sin inmutarse, mientras susurraba:

—Yo elegí a otra.

—De acuerdo, pero he venido yo.

—¿Con ese trasto?

—No pienso usarlo contigo. Es sólo para convencerte de que la cosa va en serio. Que los que me han enviado aquí no consideran esto como un juego ni mucho menos.

—De acuerdo, pero baja ese cañón. Me... ¿cómo te lo diría?... me quita toda la excitación del momento.

Ella bajó, en efecto, la metralleta. Se sentó en uno de los taburetes del mueble bar que había en la habitación y que formaba una especie de barra. No podía pedirse más. Estaba tan seductora que Vance estuvo a punto de pedirle: «Dispara unos cuantos tiritos al aire a ver si me despierto.»

La chica bisbiseó:

—Calvez te necesita.

—¿Gálvez? ¿Quién es Gálvez?

—No me dirás que no le conoces. Desde luego no le has visto nunca, pero lo has oído nombrar. Como has oído nombrar al ambicioso coronel Lara. Y como has oído nombrar a Gordon, el ministro del Interior.

—Sí, a Gordon sí —dijo enigmáticamente el joven—. Y a los otros, tal vez.

—Pues bien, Gálvez te necesita.

—¿Dónde?

—Yo te llevaré hasta él.

—¿Hay pasta a ganar?

—Pasta larga.

—¿Mujeres?

—Nosotras no luchamos para que las mujeres seamos esclavas en los burdeles, como hasta ahora, pero de todos modos tú tendrás las que quieras. Sin pagar.

Vance chascó dos dedos.

—Me interesa el trato —dijo—. Vamos.

Ella señaló la ventana. Desde allí se llegaba al jardín tan fácilmente que sólo hacía falta pasar las piernas por encima del alféizar.

Vance musitó:

—¿Dónde vas tan ligerita de ropa?

—A un entierro.

—¿A un queeeeé?

—A un funeral, hombre. A los funerales hay que ir sin tapujos.

—Cierto. Tú no llevas ninguno.

Y la siguió como hipnotizado. La chica se metió por entre la especie de jungla que era el jardín y pronto estuvieron ocultos a las miradas de otros huéspedes. De todos modos, uno que les vio desde una ventana, gimió:

—Pero, ¿te das cuenta, querida? ¡Cada día inventan cosas nuevas para excitarse! ¡Hay quien no se anima si la mujer no lleva una ametralladora!

Atravesando un arroyo, llegaron a una cabaña de bambúes de la que partían una serie de gemidos entrecortados. Sin duda aquello era un funeral por todo lo alto, aunque en otro sitio quizá hubieran dicho que se trataba de un funeral por todo lo bajo. Porque allí se respiraba el más siniestro, el más miserable y al mismo tiempo fascinante y maravilloso aire del Caribe. Vance vio que el ataúd estaba hecho de tablas baratas, vio al muerto convertido ya en pura mojama, vio las viejas que lloraban, vio a los hombres que entonaban cánticos y que ni siquiera clavaron un ojo en las curvas de la procaz recién llegada.

Nadie miró tampoco a Vance.

Todo el mundo seguía entonando alabanzas al muerto.

Cuatro hombres lo sujetaron entonces, lo sacaron del ataúd y lo dejaron tranquilamente sobre una alfombra. Ya nadie volvió a acordarse del hambre. Al diablo con él. Una de las viejas volvió entonces los ojos hacia Vance y clavó en él una mirada ansiosa, como si pensara: «¡Si yo tuviera cincuenta años menos...!»

—Sírvase, señor —dijo—. El ataúd está vacío.

—¿Es... es para mí?

—Lo hemos preparado todo para eso. Y hemos tenido que traer el muerto desde bastante lejos, no crea.

Vance se pasó una mano por la boca.

Se las había prometido muy felices al ver el Semiramis y ahora resultaba que...

—Oiga —dijo—. El ataúd es bastante ancho.

—¿Y qué?

—Que bien juntitos, cabemos la chica y yo. Siempre que ella deje la metralleta, claro.

—Déjese de mandangas. No puede ir con chicas ahora. Aunque consuélase pensando que todo llegará. Las que estamos aquí quedamos a su disposición desde ahora.

Y señaló a las otras viejas.

Vance les calculó en conjunto unos ochocientos años, quedándose corto.

—De acuerdo, puede que vuelva —dijo mientras se metía en el ataúd—. Pero oiga... Este tío que estaba aquí dentro no habrá muerto de una infección, ¿verdad?

—Cualquiera sabe de lo que ha muerto —gruñó la vieja—. Lo hemos encontrado en un vertedero de basuras de Camagiüey. ¿O es que crees que podemos permitirnos el lujo de escoger a los muertos?

—¡Eh, oiga!

—Calla, macaco.

Y bajó la tapa del ataúd.

Cuatro hombres cargaron con él. Lo sacaron en hombros entonando cánticos mientras Vance iba pensando qué diablos de desinfectante iba a aplicarse cuando pudiera salir de allí. Notó que lo bajaban por una pronunciada pendiente mientras los cánticos no dejaban de sonar, y notó también que lo cambiaban de unos hombros a otros un par de veces. Al fin, los que lo llevaban se detuvieron en un sitio desde el que se oía el rumor cercano del mar.

Vance calculó que sería el cementerio de pescadores. Lo había visto desde el avión al llegar. Pero sospechaba que aquel cementerio de pescadores estaría vigilado por los gorilas de la policía, pues resultaba un magnífico enclave para introducir contrabando en el país e incluso para pasar de matute enemigos políticos que podían esconderse de momento en el interior de ciertas tumbas.

En efecto, oyó una voz autoritaria.

—Eh, alto... ¿A quién lleváis ahí?

—A un pariente.

—¿De qué ha muerto?

—De un dolor de muelas.

—¿Un dolor de muelas?

—Sí, hombre, sí. Su mujer le arrancó dos de ellas. Pero con un hacha.

—¡Maldita sea! No me gustan vuestras cochinas bromas, bergantes hijos de perra. Todos sois iguales. Ya hacemos bien metiéndoos en cintura, ya... A ver ese fiambre.

—Como quiera, patrón.

Dejaron el ataúd en el suelo.

Vance se preparó para la acción.

Pero no hizo falta.

Se oyó, de pronto, un choque.

Y un gemido.

La voz plañidera preguntó, suavemente:

—¿Has mojado?

—Hasta el corazón.

La tapa del ataúd se alzó entonces.

Vance vio al guardián.

Lo sostenían entre dos.

Había tenido que soltar la metralleta y crispaba sus manos en torno a la herida de su tórax. Pero ya no debía sentir nada. La puñalada, al menos, había sido tan compasiva como rápida.

Uno de los hombres dijo a Vance:

—Tú, sal.

—Hombre, ahora que empezaba a sentirme a gusto aquí...

—Has de salir porque ya tenemos otro muerto.

—¿Y por qué os habéis cargado a ese tío? Le podíais haber dado un golpe.

—Era un criminal —dijo uno de los que habían hecho el transporte hasta el cementerio—. Había liquidado a varios de los nuestros.

Otro murmuró:

—Pero la razón principal ha sido otra. Tenemos un ataúd, ¿no? Pues necesitábamos también un muerto. A ver si crees tú que los

tiempos están para desaprovechar las cosas...

CAPÍTULO IV

LOS cuatro hombres que le habían llevado hasta allí transportaron la fúnebre caja hasta una fosa recién abierta, donde la sepultaron. Luego señalaron a Vance un viejísimo panteón donde se leía en francés:

HONORABLE FAMILIA PERRIER

Todos ellos patronos de barcos de 1514 a 1718

Ahorcados por piratería entre 1718 y 1809

—Una de las familias más distinguidas de la isla —dijo uno de los que acompañaban a Vance.

—Ya veo.

—Aquí tenemos una academia de ciencias morales —añadió otro mientras abría la puerta del panteón.

—Ah...

—Y la preside Jerome Perrier descendiente de la familia.

—Ah...

Por lo que pudo ver Vance, las escaleras eran resbaladizas, viejas, húmedas y llevaban a una sala bastante grande. Si un tiempo los «honorables» miembros de la familia Perrier descansaron allí, ahora habían dejado de descansar. Sus huesos estaban metidos en un par de sacos. El sitio de los muertos lo ocupaba ahora una mesa en torno a la cual estaban sentados tres vivos.

Los tres llevaban armas.

Al del centro lo hubiera podido conocer Vance por numerosas razones. Una de ellas era porque le había estado observando con un

telescopio de monedas desde Cerro Libertador mientras él se peleaba con los «tontón macoute» llegados desde Haití para hacerle entrar en el buen camino. Pero Vance no sabía eso. Y como recién llegado a Vallerrico, no conocía a aquel hombre.

Este se presentó:

—Soy Gálvez —dijo.

Vance se sentó ante la mesa, aunque no le habían invitado a hacerlo. Miró con atención la pulcra raya de sus pantalones y dijo, mientras se ponía un cigarrillo en los labios:

—Suponía que era usted. Al traerme aquí me han indicado que me necesitaba.

—Perdone el sistema, pero las circunstancias lo justifican. Tengo aquí mi residencia, y mis hombres no pueden llegar en grupo si no transportan algún muerto.

—Pues deben necesitar al menos uno al día.

—Sí.

—Los muertos ¿qué son? ¿Voluntarios?

—Hombre...

—Lo digo porque aquí ocurren cosas muy raras. No me extrañaría.

—Hay numerosos muertos en todos los lugares de la isla —dijo el que estaba sentado en el centro—. La gente no vive bien aquí ya lo habrá notado. El país está dominado por unos cuantos coroneles ambiciosos y por una administración corrupta e inepta. Para mantener en el país un cierto grado de prosperidad, una especie de mínimo vital, nos hemos puesto de rodillas ante Estados Unidos. Ellos controlan nuestros hoteles, nuestros barcos, nuestras escasas minas y, sobre todo, nuestra fruta. Las piñas de nuestra isla son famosas en todo el mundo.

—Y las mujeres...

—A las mujeres también las utilizan. Hay cadenas hoteleras norteamericanas que pretenden hacer de Isla Magna, la mayor zona de la república, un paraíso turístico.

—¿Y qué tiene eso de mal, Gálvez?

—Que a nuestra gente se le pagan sueldos miserables mientras los beneficios van a otros. Que aquí jamás saldremos de la miseria porque los ciudadanos no podemos decidir. Y que las cosas aún

pueden ir peor cuando muera Montalvo.

—Montalvo es el presidente de la república, ¿no?

—Cierto. Y no crea que es mala persona. Lo que ocurre es que está enfermo y se siente débil. Los militares lo eligieron por eso; así pueden controlar el país sin que Montalvo abra la boca demasiado. Pero de todos modos aún es una rémora para ellos. ¿Usted ha oído hablar del coronel Manrique?

—Desde luego que sí.

—Ese es el más ambicioso de todos. Considera que Montalvo es una especie de momia al que hay que eliminar porque aún habla demasiado. En efecto, Montalvo apenas abre la boca, pero cuando lo hace es para quejarse de que las cosas van mal y para promover mejoras que los gerifaltes del Gobierno no están dispuestos a llevar a cabo.

—Vamos, que les pone en un compromiso.

—Sí, ésa es la palabra exacta. Por eso Manrique ha pensado en eliminarlo.

—¿Eliminar quiere decir matar?

—Hum... No me atrevería a tanto. Posiblemente se refiere a apartarlo de su camino. Meterlo hasta que reviente en alguna residencia de la más pequeña de las islas, que es la de Punta Gorda. Pero si hace falta lo matará; estoy seguro de que esa posibilidad no ha sido descartada de sus planes.

—No suelo defender al presidente de la República en situación de desvalidos —dijo suavemente—. Me importa un higo lo que les pase.

—Deje que siga hablando. Usted es un aventurero.

—Sí.

—Pues oiga esto; Cuando Montalvo haya sido eliminado de una forma u otra, Manrique se hará cargo del poder. Dirá que ha salvado al país de la corrupción y todo eso. Como en Grecia, más o menos. O como en muchos países africanos. No se nombrará a sí mismo presidente de la república, pero designará para el cargo a su socio.

—¿Quién es su socio?

—Gordon ministro del Interior.

—A Gordon le he oído nombrar... de una manera muy especial.

—Sí. ¿Por qué cree que lo tenemos a usted aquí? Sabemos que usted ha venido desde Haití especialmente para un entierro.

—Cierto.

—Ha venido, para el entierro de Leila, la chica que ganó la Corona del Caribe. ¿Qué era Leila para usted? ¿Una amiga? ¿Una amante? ¿Un capricho?

—Era mi hermana —dijo Vance suavemente—. Sólo eso: mi hermana.

Se produjo un brusco silencio en aquel recinto.

—Lo celebro.

—¿Celebra que mi hermana esté muerta? ¿Qué dice, hijo de perra?

—No se ofenda, Vance. Quiero decir que esto le da fuertes motivos para desear una venganza. Para desear la muerte de Gordon. Porque usted sabe perfectamente que fue Gordon quien entregó aquel maletín con la bomba, en el aeropuerto, a aquella rata de alcantarilla llamado Suances. ¿Sabe qué hacía Suances? Transportaba fondos del Gobierno a otros países... Cada carretera costaba diez, por ejemplo, pero al país se le decía que costaba veinte. O sea, que la mitad del presupuesto iba a Santo Domingo, a Haití o a otros sitios. Preferentemente a Puerto Rico.

—Ya.

—Pero Suances ya sabía demasiado y se había puesto tonto con lo de pedir un ascenso. Hacía falta «sustituirle». Esa especie de ratas de alcantarilla ya estorban cuando comen demasiado. Por lo tanto, Gordon lo eliminó sin importarle que volase todo el avión; sin querer pensar que iba en él la muchacha más preciosa del Caribe.

Vance tenía los ojos fijos en el vacío.

—¿Para quién trabaja usted, Gálvez?

—Para el Ejército Revolucionario del Pueblo.

—Conozco la organización. Al que no conocía era a usted.

—Por supuesto. Le aseguro que no tengo la costumbre de anunciarme por televisión.

—Bien. ¿Qué pretenden?

—Restaurar las libertades más elementales en este país. Que seamos como cualquier otro. Pero pretendemos llegar a ese

resultado por medio de los sistemas democráticos.

—¿Y creen que yo soy un «sistema democrático»?

—No. Usted es un asesino.

Vance no se ofendió.

Sólo dijo:

—Pues entonces...

—Nos hemos visto obligados circunstancialmente a cambiar de métodos —explicó el hombre del centro de la mesa—. Ahora la situación es grave, porque Gordon y Manrique pueden dar el golpe de Estado en menos de cinco días. Si no se elimina pronto a Gordon, desaparecerá hasta la sombra de legalidad que representa el presidente Montalvo. Y eso no puede hacerlo cualquiera. Sólo un hombre muy especial como usted.

—¿Por qué creen tanto en mí, Gálvez?

—Conocíamos su historia.

—¿Mi historia? Puede ser falsa. Puede ser pura propaganda. Una filfa.

—No, Vance. Sabemos que su historia no es falsa porque lo hemos comprobado todo. Usted es un profesional, es decir, un mercenario. Sus aventuras empiezan en la llamada «guerra de los Seis Días» del año 1967, ¿no? Entonces estaba en Tel-Aviv.

—Cierto. Me había liado con una bailarina judía.

—El Gobierno de Israel le ofreció dinero si usted volaba las instalaciones de radar más comprometidas de los aeropuertos árabes. Lo hizo... ¡y de qué manera! Gran parte de la sorpresa inicial que tuvieron los egipcios no se explicaría sin la intervención de usted. Luego fue a Biafra. Los del Sur, a punto de ser derrotados, le llamaron a usted. Durante tres meses mantuvo en la selva puntos de resistencia increíbles y liquidó a muchos de los verdugos que estaban asolando poblaciones enteras. En Nueva York la policía le contrató para que deshiciese una organización de traficantes de drogas. ¿Quiere más?

—No —dijo Vance—. Es suficiente.

—Aquí le pedimos mucho menos: sólo que mate a un hombre.

—El cual, supongo, es el más protegido del país.

—Sí.

—Debe de tener guardaespaldas hasta debajo de la cama.

—Sí.

—Y al extranjero que intente acercarse le saludarán con unos cañones anticarro.

—Sí.

Vance se levantó de su asiento.

—Tengo mucho aprecio a mi vida —dijo—. Buenos días.

—¡Espere!

—¿Qué pasa, Gálvez?

—No hemos hablado del precio. Aguarde un momento y escuche. Quizá le interese.

—Muy bien —dijo Vance, riendo cínicamente—. Hábleme del precio.

—Cien mil dólares. Los hemos recogido por medio de colectas de nuestros simpatizantes y puedo asegurarle que los tenemos... Ah... También podrá hospedarse gratis, todo el tiempo que quiera, en el hotel Semiramis.

—Veo que tiene muchos enlaces allí.

—Claro. Y es natural. Bastantes chicas son explotadas a la fuerza.

Vance chascó dos dedos.

—Amigo Gálvez —dijo—, yo no hago eso por cien mil dólares.

—¿Qué pasa? ¿Quiere más?

—No —murmuró Vance—. Yo eso lo hago gratis.

Todos se quedaron helados.

El de la izquierda de la mesa susurró:

—¿Gratis?

—¿Por qué no? —preguntó Vance—. ¿Usted cobra?

—Yo no, pero vivo de esto. Al menos me mantienen.

—Yo sé mantenerme solo —gruñó el joven—. Y además, no cobro dinero por vengar a mi hermana, maldita sea. Pueden meterse el dinero donde les quepa.

—Pero..., oiga..., nadie ha querido ofenderle.

—Lo sé. Y para demostrarles que no estoy ofendido, aceptaré una parte del precio.

—¿Qué parte?

—La que se refiere al hotel Semiramis. Una temporadita allí

antes de morir no me sentaría nada mal.

—¿Por qué antes de morir?

Vance gruñó, mientras se dirigía hacia las escaleras:

—Hombre... Por lo que he visto allí, y puestos a aprovechar la ganga, yo creo que uno puede durar, así a lo bestia, menos de una semana.

CAPÍTULO V

EL elegante coche de importación se detuvo ante el hotel. Era un edificio de sólida piedra que en la época de la colonización española había servido como casa de la moneda. Conservaba el aire digno, respetable, de aquella época, pero por dentro era de una absoluta modernidad. Resultaba la mar de comfortable con un solo fallo. Aquí, al contrario que en el Semiramis, todos los que servían eran hombres.

Lo menos fueron ocho los que llevaron sus dos maletas. Lo menos fueron ocho los que cobraron propina. Lo menos fueron ocho los que dijeron no sé qué de la mamá de aquel tipo porque la propina les había parecido poco.

Vance paseó su mirada por la habitación. Era soberbia, y tenía otras dos piezas adyacentes, además del baño. Se metió en él y se dio una ducha caliente antes de cambiarse de ropa. La sensación de estar metido dentro del ataúd todavía le duraba a ratos.

Cuando se hubo cambiado, disco un número en el teléfono.

Una voz queda le preguntó:

—Sé que ha llegado bien. ¿Todo correcto?

—Todo correcto —dijo Vance.

No pronunció el nombre, pero había reconocido la voz de Gálvez.

Aquella voz añadió:

—Usted es en el hotel un turista más. Debe comportarse como tal, pero al mismo tiempo tome posiciones Y hágalo rápido, porque dispone de tres días a lo sumo para que el cliente le entregue la mercancía.

Vance apretó los labios.

Tres días para enviar al otro barrio al ministro del Interior de un país no es demasiado tiempo.

—¿Tendré ayuda? —preguntó.

—No, a menos que le resulte indispensable. Pero cada noche dispondrá de un número para llamarme si es necesario. Este de hoy no podrá utilizarlo nunca más.

—De acuerdo, gracias.

—Ah... Vaya por el Banco Nacional.

—¿Para qué?

—No es para pagarle, sino porque un hombre como usted puede necesitar dinero. Esta es todo. Buenos días.

Al otro lado, colgaron.

Vance colgó también, se puso las gafas de nuevo, salió a la calle e hizo una serie de cosas muy importantes: entrar en un bar, pedir un whisky, pellizcar a la camarera, sobar a una clienta, pisarle un callo a un policía y dirigirse al Banco Nacional.

Este era un edificio parecido al del hotel, con la diferencia de que nadie acudió a recibirle. Vance fue a la ventanilla de transferencias y preguntó si había llegado alguna a su nombre.

—Certo, señor —dijo el empleado—, pero usted no tiene cuenta corriente aquí. Dábamos por supuesto que se trataba de un error.

—No es un error —gruñó Vance—. Abran una cuenta a mi nombre con ese dinero. ¿Cuánto es?

—Le han transferido veinticinco mil dólares, señor, pero nosotros creíamos que...

—Sí, ya me lo ha dicho: que se habían equivocado de Banco. Deme un talonario y entrégueme ya mil a cuenta. Oiga, ¿cuánto cuesta aquí la compañía de una mujer?

El empleado le miró con envidia.

—Por diez pavos las que quiera, señor

—Mil dólares, a diez cada una, son cien mujeres —silbó Vance—. ¡Demonios! No me va a quedar ni un minuto libre este fin de semana.

Salió para encontrarse con los dos hombres que ya le aguardaban. Para encontrarse con los cuatro ojos donde se leía su sentencia de muerte.

CAPÍTULO VI

EN aquel momento, Vance no podía dudar de que la gente de Gálvez era seria y estaba bien organizada. Al menos en eso daban lecciones a más de cuatro. Se habían ocupado de que tuviera dinero fresco, porque sabían que un hombre en su situación puede necesitar cualquier cosa, desde un arma muy especial hasta una avioneta que le ayude a huir. Por eso el hombre de los cabellos rubios estaba confiado.

Nadie sabía que iba a matar a Gordon.

Nadie le había visto llegar al cementerio marino. Ni entrevistarse con Gálvez y sus hombres.

Por lo tanto, era un turista.

Pero no debía serlo para los dos fulanos que se acercaron a él. Los dos vestían de blanco, llevaban los sombreros «Panamá» metidos hasta las cejas y tenían ese aire entre autoritario y desconfiado de los que se han pasado la vida espionando gente. El más viejo masculló:

—Policía.

Vance dijo:

—La chapa.

Se la mostraron. Y era auténtica.

El más viejo gruñó:

—Tiene que acompañarnos.

—¿Adónde? Soy un ciudadano extranjero. Si me detienen ilegalmente avisaré a mi consul.

—Su consul está borracho —dijo el más joven—. Lo hemos

llevado de visita a nuestras bodegas seleccionadas y lleva tres días allí. ¿Le extraña?

—No, en absoluto —dijo Vance—. Ya sé que la mayoría de nuestros funcionarios se matan cumpliendo con su deber.

—Pues este se mata seguro. Hala, adentro.

Una limousine negra se estaba acercando al bordillo silenciosamente. Dentro iban dos hombres más, tan vestidos igual que los primeros que parecían idénticos.

Vance hizo un rápido cálculo de posibilidades que se reunió en una serie de pensamientos instantáneos.

Policía.

Ministro del Interior.

Por lo tanto, un chivatazo.

Aquí se detuvieron los pensamientos de Vance, que la verdad es que no le hicieron demasiado feliz.

Dijo con expresión dulce, mientras se quitaba las gafas:

—Bueno, vamos...

Y de pronto hizo que la montura de sus gafas, en la parte en que las varillas se unían a la montura de los cristales, chocara con la sien del policía más viejo.

Fue instantáneo.

El tío ni se quejó.

La aguja envenenada que brotaba como una exhalación al apretar la varilla contra algo duro, se clavó en la sien del policía. Este se derrumbó instantáneamente. No tuvo tiempo ni para pensar que acabarían dándole una medalla.

Las gafas se rompieron.

Pero no fue lo único que se rompió.

La mandíbula del otro policía hizo «crack».

El terrible impacto le habla enviado contra la limousine aparcada en el bordillo. Chocó contra la puerta y ya no se acordó de más.

Vance se dispuso a correr frenéticamente. Tenía tiempo de llegar al mercadillo que había a poca distancia, y varios de cuyos Vendedores le hacían señas. Se habían dado cuenta de que estaba peleando con la odiada policía de Gordon y estaban dispuestos a ayudarle. Le harían desaparecer.

A ver quién era luego el guapo que encontraba a un tío escondido en un mercado antillano.

Vance sabía que allí estaba su única posibilidad. Dio dos frenéticos saltos a toda la velocidad de sus largas piernas.

Pero no pudo llegar. Desde el interior del coche dispararon inmediatamente con una pistola de boca ancha.

Vance sintió el dolor en el costado, junto al hígado.

Sabía que las heridas en esa zona son mortales.

Habían tirado a dar.

Poco a poco todo se fue borrando de su vista: la calle abigarrada, los tenderetes, las ruedas con banda blanca de la limousine, las piernas tostadas de las mujeres... Aquello era la muerte, era el fin. Hasta el sol se borró y se convirtió en una bola inexplicablemente oscura.

Lo único que Vance pudo decir fue:

—Ahora que en ese... mercadillo... había tantas tías estu...

CAPÍTULO VII

CUANDO a un hombre que conoce lo que son las balas le atizan en un sitio así, sabe que no va a recobrar el conocimiento. Sabe que está listo. Y Vance no esperaba otra cosa.

Por eso la sorpresa estuvo a punto de matarle de verdad cuando volvió en sí y se dio cuenta de que estaba tendido en algo duro, pero suave: una auténtica alfombra persa. Por eso tuvo una sensación de irrealidad cuando vio desde el suelo el despacho lujoso, los muebles de gran categoría, los tapices y la bandera nacional de Vallerrico, compuesta por una curiosa mezcla de colores entre los que predominaban el negro del «vudú», el rojo de la sangre y el verde de la selva.

Alguien dijo junto a él:

—Ya vuelve en sí.

—Hum... La bala anestésica le ha durado poco —murmuró otra voz—. De todos modos, no puede moverse.

—¿Lo atamos?

—Claro.

Vance notó que le arrastraban.

Se daba cuenta de las cosas, pero no podía evitarlas. Era como si aún flotase entre las brumas de un sueño.

Empezó a recuperarse un poco más cuando lo ataron en una silla.

Los que le habían apresado conocían bien el oficio. Balas anestésicas, alambres finos como navajas, tiradores de primera, despachos herméticos fuera de los cuales no se oía ni un grito. ¿Quién había dicho que Vallerrico era un país subdesarrollado y

que sólo vivía del turismo?

Vance hundió la cabeza y se la sacudió varias veces para despabilarse. Al fin los efectos de la bala anestésica fueron cesando. Empezó a razonar con claridad y a ver con más precisión las cosas que tenía delante.

En efecto, se trataba de un despacho con doubles paredes, lo cual era fácil adivinar por la situación de las puertas. Todo allí rebosaba elegancia y señorío.

Y también rebosaba elegancia y señorío el hombre que estaba frente a él, mirándole fijamente.

Preguntó a Vance:

—¿Se encuentra bien?

Vance dijo:

—Sí.

El gancho en la mandíbula le hizo casi saltar de la silla. Menos mal que estaba atado. Vance sintió la sangre gotear por sus labios, pero no se inmutó. Sólo clavó en aquel hombre unos ojos que casi parecían alegres: los ojos de un sepulturero que está mal de fondos y al que le entregan un fiambre para enterrar.

—No sé quién eres —dijo Vance, suavemente—, pero te mataré por esto. Haré que tu hígado lo coman los buitres. Y para que estén contentos y tengan ganas de repetir, se lo adobaré con chili mexicano.

El tipo que estaba frente a él le golpeó otra vez rabiosamente, pero Vance casi no sintió el dolor. Notó que su enemigo se frotaba los nudillos porque acababa de dar en unos huesos duros como la roca.

Aquel tipo, que tenía facciones afiladas como las de un buitre, musitó:

—Tú no me conoces, condenado hijo de perra, pero soy el jefe de policía de esta república. El jefe supremo. Antes era sólo jefe de la brigada política, pero ahora mando todas las fuerzas del orden.

—La brigada política... —dijo—. Buen aprendizaje, vive Dios.

—Lo del aprendizaje lo vas a aprender a tu costa dentro de muy poco. Pero tienes una posibilidad de salir con bien de aquí, y es la de que hablemos como buenos amigos. En el fondo yo soy una buena persona. Un podrido sentimental. Me echaron de la brigada

política porque me ponía enfermo cada vez que chillaba en los sótanos un detenido sometido a «tratamiento especial». De modo que podemos hablar como personas sensatas, si te parece. Resulta encantador encontrar personas que le comprenden a uno, ¿no es eso? Hala, escupe tu cochino nombre. Dime si recuerdas el de tu padre. Dame la dirección del burdel de medio dólar del que sacaron a tu madre.

Vance encajó los insultos sin pestañear. Con una voz perfectamente impasible, dijo:

—Mi nombre y mis datos los tienes en el pasaporte. No hay problema. Te garantizo, además, que mi pasaporte es auténtico, cosa que no debe suceder con toda la gentuza a la que tú tratas. Y ahora dime cómo te llamas tú. Dime en qué celda de homosexuales nació tu padre. Dime en qué escupidera del servicio de higiene para rameras tuvo que darte a luz tu madre.

Las brutales frases produjeron en aquel hombre un efecto fulminante. Tuvo un acceso de rabia y empezó a golpear a Vance con los dos pies, ensañándose en las partes más delicadas de la entrepierna. Vance no chilló ni una sola vez, pero notó que estaba a punto de desmayarse de dolor.

Al fin el otro se fue calmando.

—Me llamo Guijarro —dijo—. Y te repito que soy el jefe absoluto de la policía en este país, de modo que nadie me pedirá cuentas de lo que haga. El ministro del Interior, Gordon, apoya todos mis actos. Si quieres ilustrarte viendo algunas fotografías, puedes hacerlo.

Puso ante sus ojos unas cuantas copias fue fue pasando una a una. Vance ya sabía lo que le podía esperar si decidían acabar con él, pero de todos modos no pudo evitar un leve estremecimiento al tener ante su vista las pruebas de aquellos métodos implacables: hombres lanzados a tierra desde lo alto de un avión, tipos metidos hasta la cintura en un pozo de caimanes, individuos a los que se daba, en medio de un mar infestado de cocodrilos, sobre un colchón de goma que se iba desinflando.

Algún sádico se había entretenido en sacar fotografías de todo aquello. Era un archivo macabro, una colección de imágenes que ponían los pelos de punta y que los honrados ciudadanos de Vallerrico no verían jamás. La simple visión de aquello derrumbaba

a un hombre mucho más que todo un día de escuchar amenazas.

Guijarro musitó:

—Bueno, creo que después de esto podemos entrar en un amistoso diálogo. Dime para qué has venido a nuestro país.

—Dime antes por qué me habéis detenido —murmuró Vance, con frialdad—. No he cometido ningún delito.

—Claro que has cometido delitos. Has matado a unos hombres en la Alameda Presidencial, y aunque esos hombres no eran compatriotas nuestros, sino súbditos de Haití, vamos a tener dentro de poco una molesta reclamación diplomática. Como nuestras relaciones con Haití son excelentes, ese hecho pone en peligro nuestra política exterior. También has tenido contacto con los hombres de Gálvez. No sabemos aún dónde, pero has tenido contacto con ellos. Hace tiempo que veníamos recogiendo el rumor de que Gálvez reunía dinero para pagar a un asesino de altura, un tipo capaz de hacer lo que sus revolucionarios de pacotilla no son capaces de intentar siquiera. Estoy seguro de que ese asesino eres tú. Y, si quieres seguir viviendo, si quieres tener alguna posibilidad de conservar la piel, más vale que me digas ahora mismo cuál es la presa que te han asignado. Quién es la alta personalidad de este país a la que te han ordenado eliminar.

Eso era. Había un maldito chivato que se fue de la lengua, aunque no debía ser un tipo muy importante ni muy enterado porque no había sabido decir a la policía ni el lugar de reunión ni el objetivo asignado. Eso eliminaba a Gálvez, a los hombres que estaban con él y a los que le habían llevado al cementerio marino. Pero en una organización como aquella había mil fisuras. Alguien situado en los escalones inferiores barruntaba lo que se estaba a punto de hacer.

Y para la policía era bastante. En aquel despacho hermético del que no brotaban los gritos (si es que no lo trasladaban a un sitio peor) torturarían a Vance hasta que éste dijese todo lo que sabía.

Pero Vance mantuvo una actitud impasible. Ni un músculo se alteró en su rostro, que parecía tallado en piedra.

—¿Por qué habéis sospechado precisamente de mí? —gruñó—. Hay centenares de turistas que vienen cada semana a estas islas.

—Hemos sospechado de ti por lo que has hecho. Eso ya es fundamental. Después hemos averiguado un poco acerca de tu

historia. No creas que nuestra policía es tonta y no sabe trabajar aprisa. Tienes sucios antecedentes en Israel y en Biafra, aparte de en otros sitios. Y lo más importante: hemos comparado tu filiación con la de la muchacha que resultó muerta en el desdichado accidente del «Caravelle», la preciosidad a la que se había concedido la Corona del Caribe: sabemos que era tu hermana. Cualquier tonto podría deducir que has venido a vengarla. ¿O no?

Ahora sí que Vance pestañeó un momento.

Vallerrico podía tener muchas cosas malas, pero la policía no. La policía era buena. De ella dependían, al fin y al cabo, los tinglados, los negocios, los Bancos y los sobresueldos de los tipos que estaban en el poder.

—Hay otra conclusión a la que he llegado —dijo Guijarro, suavemente— Aunque a ti te parezca mentira, de vez en cuando también pienso. Se da la casualidad de que el ministro del Interior, señor Gordon, entregó un maletín a uno de nuestros correos diplomáticos, señor Suances, poco antes de despegar el «Caravelle». Eso nada tiene que ver con lo sucedido, pero tú puedes pensar que ese maletín contenía un explosivo y fue la causa del desastre. ¿Me equivoco? ¿Has pensado eso? ¿No has venido a nuestro país con la loca y absurda idea de eliminar a Gordon?

Otra vez los ojos de Vance se entrecerraron para que el otro no viese la fugaz expresión de alarma que había pasado por ellos. Guijarro, por supuesto, no era tonto. Había pensado bien. Y le faltaban sólo dos pasos para llegar al total esclarecimiento de la verdad.

Guijarro le gritó desde tan cerca que le arrojó partículas de saliva a la cara.

—¡Habla! ¡Dilo de una vez, sucio condenado! ¡Has venido a matar a Gordon!

Guijarro le volvió a golpear hasta que le dolió la mano, pero no consiguió ni siquiera que aquella poderosa cabeza se bamboleara de un lado para otro. Por descontado, se dio cuenta enseguida de que iba a necesitar «métodos especiales» para ablandar un poco el caparazón de aquel tipo.

—Tengo expertos —dijo—. Los llamaré; y te juro por mi madre que conozco sistemas para hacer hablar a un hombre.

—Ahora recuerdo —dijo Vance, con una sonrisa—. A tu madre

la conocí en Valparaíso. Tenía la casa de vicio más importante de la ciudad. ¡Qué gran señora!

Los dientes de Guijarro rechinaron con odio.

Pero de nada le servía golpear otra vez a aquel hombre, puesto que tenía sistemas mejores. Fue a pulsar uno de los timbres que había sobre su mesa y, de pronto, pareció recordar algo.

Se dirigió hacia la puerta que había al fondo. Era una puerta acolchada que sin duda daba a una pieza anexa al despacho.

La abrió de golpe.

Y entonces Vance vio varias cosas que no eran precisamente un tormento.

Vio unas piernas de mujer ceñidas por unas excitantes medias.

CAPÍTULO VIII

VANCE hubiese esperado encontrar cualquier cosa en el despacho del jefe de policía de Vallerrico, pero no aquello. La muñeca cimbreante, maravillosa, vibrante, salió de aquella otra habitación y avanzó hacia el centro del despacho mirando a Vance con ojos sorprendidos. Pero al instante desvió la mirada como si en el fondo no sintiese el menor interés por él.

Esta muchacha era blanca, aunque no podía disimular su origen caribeño. Ni lo intentaba tampoco. Tenía la piel tostada, era esbelta, estaba llenita y sus labios gordezuelos parecían haber nacido para el placer. Una larga melena negra le caía desmayada hasta la cintura.

Guijarro mascullo:

—¿Por qué estás así, a medio vestir?

—Te esperaba, cariño.

—Y yo hubiera ido con mucho gusto, pero tengo un trabajo urgente. Vas a tener que ir a la habitación que hay más al fondo. Espérame allí.

—¿Y por qué no puedo quedarme donde estaba?

—Los gritos se oyen. Es el único sitio desde el cual se oyen. Y resulta desagradable.

Vance dijo, con una burlona sonrisa:

—Qué fino te has vuelto, Guijarro...

—No quiero mezclar los placeres con el trabajo.

—Hum... Pues los placeres los sabes buscar bien... ¿De dónde has sacado a esta maravilla?

—Ha entrado en el país con un pasaporte sospechoso.

—¿Ah, sí? Pues para ser sospechosa, no parece que la trates mal

—Aún no la he tratado de ninguna manera —explicó Guijarro a punto de perder la calma—. Lo único que ocurre es que mis informes son perfectos. Esta muchacha viene recomendada por Lucila Arce, y Lucila Arce, que finge ser una potentada de Puerto Rico, sólo envía a esta parte del Caribe golfas de alta categoría que trabajan para ella. Ciertos establecimientos de Isla Magna nos pagan, en cambio, unos elevados impuestos para que les eliminemos la competencia. Y las chicas de Lucila Arce, que llegan aquí como turistas, significan una competencia demasiado molesta. Por eso las expulsamos enseguida del país.

—Pero a ésta no la habéis expulsado.

—No.

—¿Por qué?

Guijarro no contestó. Aquella pregunta ya era demasiado para él. Fue a golpear de nuevo a su prisionero, pero la voz armoniosa de la muñeca le detuvo. Fue ella la que respondió:

—El señor Guijarro me va a tener unos días con él. Luego podré moverme libremente por todos los hoteles y clubs de las islas.

—O sea que contigo hace una excepción, ¿no? —masculló Vance—. Y se la va a cobrar por adelantado.

Guijarro ya no aguantó más.

Rechinaron sus dientes.

Ahora sí que pulsó uno de los timbres que estaban sobre la mesa. Todo aquello le sacaba de quicio. Luego volvió hacia Vance sus ojos inyectados en sangre.

—Van a venir tres especialistas —dijo—. Te juro, maldito perro, que dentro de poco no se va a poder hacer ni harina con tus huesos. Tú, Katy, vete donde he dicho. Todo esto no es para ti.

Ella se volvió suavemente.

Vance gruñó:

—Bueno, al menos he visto una cosa bonita antes de reventar.

Y dejó de prestar atención a aquella muñeca llamada Katy.

Por eso no vio que ella llevaba la derecha a un punto de la espalda tapado por su hermosa cabellera negra.

Por eso no vio la funda que estaba sujeta a la parte posterior de

los sostenes.

Ni vio la pequeña «Beretta» del 7,65 que descansaba en ella.

Sólo se dio cuenta de que algo anormal sucedía cuando Guijarro gritó apenas:

—Nooo...

Su voz había reflejado terror, desconcierto, asombro.

Katy dijo, suavemente:

—Sí... Claro que sí, cariño.

Y disparó tres veces.

CAPÍTULO IX

GUIJARRO podía haber hecho muchas cosas malas en su vida, pero al menos encajó las tres balas como una persona bien educada. Ni se quejó. Su cara de asombro se fue volviendo cada vez más borrosa, cada vez más desfigurada, cada vez más roja.

Vance también estaba petrificado por el asombro.

La chica dejó la «Beretta» del 7,65 sobre una mesa y dijo, con la mayor tranquilidad del mundo:

—Estos despachos tienen una ventaja. No se oye nada desde fuera.

—¿Por qué has disparado? —musitó Vance, empezando a dominar su asombro—. ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?

—Naturalmente. Es un riesgo que estoy dispuesta a aceptar.

—Nunca imaginé que Gálvez tuviera tanto poder. Que pudiese situar incluso aquí un guerrillero a sus órdenes.

Katy le miró sin comprender.

—¿Gálvez? ¿Quién es Gálvez?

—¿Tú no perteneces a su organización?

—Ni organización ni narices. Yo soy verdaderamente una golfa de categoría —dijo ella, con el mayor desenfado del mundo—. Es verdad que he venido de Puerto Rico y que pienso ganarme la vida aquí.

—Entonces, ¿por qué has matado a ese cerdo?

—Porque era eso: un cerdo. Había destrozado la vida de varias amigas mías.

Y miró hacia el cadáver.

Miró también hacia la mesa.

Vance susurró:

—Supongo que estás pensando lo mismo que yo.

—Sí. Que él ha hecho sonar el timbre.

—Y que van a venir tres esbirros —murmuró Vance—. ¿Qué vas a hacer? ¿Dejarme atado a mí aquí y enseñarles a ellos el cadáver para que se diviertan?

—No —murmuró Katy—. Puesto que yo te he ayudado, tú vas a ayudarme a mí. ¿Qué eres capaz de hacer con una pistola del 7,65?

—Picadillo de cerdo —dijo Vance.

—No está mal para empezar. Espera.

Y le liberó de los finos alambres empleando unas tenacillas que había sobre la mesa y que sin duda Guijarro tenía para aquel menester. Vance se frotó rápidamente las muñecas y los tobillos antes de ponerse en pie.

Luego tomó la pistola, comprobó que aún quedaban cinco balas en la recámara y dijo a la chica:

—Vístete, aunque sea una lástima.

Katy pasó a la habitación contigua, donde había un mueble bar, un diván muy ancho, un equipo de hi-fi y una luz muy discreta. Sin duda el jefe de policía vivía allí lo que se dice atormentado por las altas obligaciones de su cargo. La muchacha tomó un vestido de una pieza de tela negra, se lo remitió por los hombros y tuvo que tirar bastante para que se ajustase a sus potentes curvas. Aquello no era un vestido, era un bañador. Una cosa más ceñida ya no podía imaginarse siquiera.

La puerta se abrió en aquel momento.

No habían oído los pasos de los tres sicarios debido al hermetismo de las puertas acolchadas. Pasaron sin llamar y fueron de una forma maquinal hasta el centro de la pieza.

Por costumbre no miraron hasta el último momento. Y en el último momento vieron el cadáver, vieron la chica, vieron la «Beretta» que les apuntaba alternativamente a los sesos, primero a uno y luego a otro.

Vance susurró:

—Muchachos, vamos a salir de aquí. A nadie le pasará nada si no surgen problemas, pero si surgen os vais a ir al infierno con

banda de música. Aunque esta pistola sea pequeña, sé emplearla bien. Os juro por mi madre que tiraré a los ojos.

Los tres individuos se estremecieron. Bastaba ver la facha de Vance para saber que aquello no podía tomarse a broma. Sin embargo, uno de ellos pensó que eran tres contra un hombre solo.

Pensó algo más: en el ascenso, en las medallas, en la prima a cobrar...

Y en la chica.

Menudo lote cuando la pescaran viva.

Por eso se movió, intentando sacar la pistola que llevaba en la funda axilar. Vance le dio tiempo a tocar la culata.

Por lo demás, no se precipitó.

Una bala.

Un hombre tuerto....

Los otros se quedaron quietos, aterrorizados, cuando su amigo cayó fulminado a tierra.

—¿Alguien más quiere ir al oculista? —gruñó Vance.

Nadie quiso.

Luego, el joven ordenó:

—Fuera las armas.

Las arrojaron al suelo. Vance tomó una de ellas, porque eran, de gran potencia, y dio la «Beretta» a Katy. Esta podía ocultarla en cualquier sitio. La otra la envió de un puntapié al lado opuesto del despacho.

—Voy a marchar entre vosotros dos como si me llevaseis prisionero —decidió Vance—. La chica irá detrás. Si hacéis un solo gesto que no me guste, habláis una palabra o guiñáis un solo ojo, estaréis criando malvas antes de llegar a la puerta. Os juro que soy un tío de mala baba. Antes de matar, nunca cuento hasta diez.

No hacía falta que lo asegurara. Los otros miraron el cadáver de su amigo y asintieron. Se colocaron uno a cada lado de Vance y avanzaron fuera del despacho como si lo llevasen prisionero. La muchacha cerraba la comitiva.

Por primera vez se dio cuenta Vance de lo grande que era aquel edificio y de la animación que había en él. Docenas de hombres Uniformados se mezclaban a otras docenas de tipos que lucían sus armas en las fundas sobaqueras. Aquello parecía un precinto de la

bofia de Manhattan en plena actividad. En Vallerrico debía haber al menos un policía por cada treinta habitantes, pese a lo poco boyante que marchaba el país. Y todos aquellos individuos que a su modo servían a la ley parecían capacitados y disponían de los mejores servicios técnicos. Muchas dificultades iba a tener Gálvez si pretendía destruir todo aquello.

Por supuesto, los que estaban en las diversas salas se fijaron en la comitiva, pero nadie le cortó el paso. Al fin y al cabo, los guardianes que llevaban a los presuntos prisioneros eran bien conocidos como dos de los verdugos más eficaces de que disponía Guijarro. Nadie imaginó la verdad.

Uno de los policías musitó:

—Idiotas... Es la mujer más guapa que ha pasado por aquí en mucho tiempo. ¿Vais a ejecutarla a ella también?

No hubo respuesta.

Otro gruñó:

—Al tío que lo zurzan, pero a ella nos la quedamos.

En absoluto silencio, el cuarteto salió de las oficinas para llegar a un patio interior en el que aguardaban varios automóviles. Todos eran último modelo, recién importados de Estados Unidos. Curiosamente, y con una mezcla de elementos típicamente tropical, junto a aquellos fantásticos coches había cajas de fruta recién traídas para la cooperativa de la policía, había pilas de caña de azúcar y había también un cargamento de mujeres que esperaban turno para ser juzgadas administrativamente. Todas iban vestidas de una forma más o menos provocativa y contaban entre los dieciséis y los sesenta años. Vance musitó:

—¿Qué hacen aquí?

—Son compañeras de ésa —dijo despectivamente uno de los guardianes, mientras señalaba con el mentón de Katy.

—¿Mujeres de la calle?

—Sí. De vez en cuando la policía hace batidas. Hay que guardar la moral.

—Claro... Ya veo que vosotros la guardáis mucho...

E indicó a uno de sus prisioneros —los cuales parecían llevarle preso a él— que se metieran todos en uno de los rutilantes Continental. Pero con aquello llegaban al momento más delicado, y

Vance lo sabía.

Katy y él tenían que entrar primero. Los guardianes después. De otro modo no parecería que los llevaban prisioneros.

Así se hizo.

Y entonces los dos hombres vieron su oportunidad. Saltaron instantáneamente hacia atrás, mientras uno de ellos gritaba:

—¡Muchachos! ¡Acribillad a esos malditos! ¡Tratan de escapar...!

Vance esperaba algo así.

No se inmutó demasiado.

Pasó al asiento del conductor mientras apretaba dos veces el gatillo de su pistola calibre pesado.

Dos muertos más.

Al menos tuvieron una ventaja: no se enteraron de lo feos que estaban. No se dieron cuenta de que morían.

Los policías de uniforme que llenaban el patio no reaccionaron en el primer instante. La verdad fue que no lo entendieron. Cuando alzaron sus metralletas, ya el «Continental» aullaba hacia la puerta.

Dos hombres estaban en ella.

Intentaron disparar.

Vance sujetó el revólver con la izquierda mientras disparaba con la derecha. Dibujó delante de él una especie de abanico de muerte.

Los dos vigilantes cayeron fulminados. La salida quedó libre.

Claro que atrás quedaban otros muchos hombres, y todos llevaban metralletas. Enviaron una auténtica rociada de balas contra el coche fugitivo.

Pero esta vez los hombres que imponían el orden en Vallerrico fueron víctimas de su propia trampa: El coche estaba perfectamente blindado. Era el coche de Guijarro, y Guijarro no podía exponerse a una sorpresa.

Vance gritó a la chica:

—¡A tierra!

Ella se pegó a la alfombrilla, entre los asientos, mientras las ruedas del «Continental» dibujaban un zigzag alucinante.

Otro guardián que estaba en la acera frontera intentó lanzarle una granada.

Vance lo embistió.

El tipo voló por los aires con granada y todo. Casi entró por la ventana de un primer piso. La explosión dejó la fachada adornada con picadillo de guardia.

Vance lo lamentó. En el fondo, todos aquéllos eran unos pobres tipos incultos y mal pagados, a quienes se les había entregado una pistola como única herramienta para ganarse el pan. Pero ahora, el joven no podía elegir: o mataba a moría.

El «Continental» estaba acribillado a balazos, pero ninguno de ellos había llegado a perforar el sólido blindaje que llegaba hasta la altura de los cristales. Cuando los policías comprendieron que debían disparar a la altura de los neumáticos, ya estaba a punto de ser demasiado tarde.

Pero otro coche salía en su persecución.

Y también éste estaba blindado.

Vance adivinó que las cosas iban a ir mal, puesto que no conocía las calles de la ciudad. Pero Katy, que además de tener piernas tenía cerebro, se encargó de ayudarle.

Había abierto una de las puertas traseras.

Disparó materialmente desde el nivel del suelo del coche.

Así le fue más fácil disparar contra los neumáticos delanteros del que les seguía. Las dos ruedas estallaron. El coche dio un terrible salto, se empotró contra una pared y empezó a llamear.

Pero no dejó bloqueada la salida del cuartel, que era lo que había pretendido Katy. Su propósito sólo había sido conseguido en parte. Otro coche vino tras el primero, aullando con sus ocho cilindros.

Vance hizo pasar su bólido como una exhalación junto a un carro de un vendedor de frutas, un carro multicolor, adornado con banderitas, y que estaba lleno a rebosar de plátanos, aguacates y piñas.

Apenas había pasado Vance, cuando el vendedor apretó los labios con un gesto de decisión. Y volcó su carro de fruta.

La calle quedó materialmente llena de piñas y aguacates que rodaban y de plátanos que se aplastaban, formando una indefinible pasta. Cuando el coche de la policía puso las ruedas en aquella especie de océano viscoso, pegó un tal bandazo que quedó cruzado en la calle.

Katy no tuvo más que disparar una vez.

Pero el cristal del parabrisas estaba blindado. No consiguió herir al conductor, aunque logró, en cambio, hacer que el cristal se empañara y la visibilidad fuese casi nula.

Ya no iban a poder seguirles. Un segundo después, los dos se habían perdido de vista.

Vance musitó:

—¿Adónde vamos ahora?

—Supongo que no conoces la ciudad...

—No tengo más que una vaga idea.

—Pues en ese caso, sigue recto. Yo te orientaré.

—¿Adónde pretendes llevarme?

—Tengo amigos en Isla Magna.

—¿Algún querido de importancia?

—Bueno... Sobre eso puedes pensar lo que quieras. Tuerce a la derecha cuando llegues a la casa pintada de rojo.

Vance lo hizo así. Vio que la calle se llamaba de San Ubaldo. Y sobre su pavimento había la mayor concentración de cortesanas por metro cuadrado que Vance había visto en todos los días de su vida. Y eso que había estado en Haití. Y en algunos patios interiores de Beirut. Y en algunas ciudades de África.

Preguntó suavemente:

—¿Amigas tuyas?

—Bah... Son de poca categoría para mí.

Y añadió:

—De todos modos, si alguna te gusta la subimos...

—Eres lo más desvergonzado que he visto, Katy.

—No es ningún pecado conocer el propio país de una. Y ahora tuerce a la izquierda. Llegarás a la Avenida de la Independencia.

En efecto, vieron una calle ancha, sólida y señorial, formada por viejos caserones de los siglos XVI y XVII. A Vance no le pareció un sitio demasiado bueno para buscar refugio, pero siguió adelante. Poco después, ella le dijo:

—A la derecha.

Vio un callejón.

Un edificio gris.

Una puerta ancha.

Dos individuos que le apuntaban con dos metralletas de gran calibre.

CAPÍTULO X

LO primero que Vance pensó fue que Katy se había equivocado o le había metido en una trampa: Las dos cosas eran posibles, desde luego. Porque Katy podía estar contra el jefe de policía, pero también podía estar contra él, contra Vance, sobre todo ahora que no le necesitaba.

Y lo peor era que ya no podía volver atrás ni ocultarse.

Se había encontrado cara a cara con aquellos dos tipos sin tener tiempo para prevenir nada. Y aunque el cristal del parabrisas fuese a prueba de balas, el fuego concentrado de las dos metralletas pesadas, disparando a aquella distancia, lo convertirían en polvo antes de que él tuviese tiempo de agacharse siquiera.

Pero las cosas que ocurrieron a continuación no fueron tan trágicas como él temía. Sucedió todo lo contrario de lo que había estado esperando.

Los dos centinelas vieron a Katy, que les hizo una seña amistosa.

Se cuadraron.

En los labios de uno de ellos apareció incluso una sonrisa.

La entrada quedó franca.

No se veía allí a persona alguna.

Las ventanas que daban a aquel patio estaban cerradas.

Todo daba allí, en contraste con otros puntos de Vallerrico, una grata sensación de pulcritud y de silencio.

La chica descendió.

—No me digas que tienes un amiguito aquí —gruñó Vance—.

Desde luego, sea quien sea, resulta mucho más importante que un miserable jefe de policía...

—Desde luego, cuento aquí con una buena amistad —dijo ella—, pero no te importa saber quién es. De momento estás a salvo, que era lo que te interesaba.

—Claro... Desde luego eso, al menos, es cierto.

—No puedo ocultarte aquí, pero al menos puedes deshacerte del coche y pasar por un ciudadano más sin que nadie te moleste de momento. Te encontrarás en la calle si sales por esa puerta de la izquierda y sigues por el pasillo que verás a continuación. No conviene que salgas por el sitio por donde has entrado.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Ya te he dicho que tengo aquí un amigo.

—¿Un amigo que te mantiene?

—Si no fuera así, ¿por qué demonios piensas que iba a venir?

Vance estaba asombrado de la desvergüenza de la chica. Claro que, al fin y al cabo, ella era una profesional de altura. Una profesional como él. En ese sentido, resultaba una persona con la que podía entenderse a la primera palabra.

—De acuerdo —dijo—. Nunca podré pagarte lo que has hecho por mí.

Y fue hacia la puerta indicada.

Vio un pasillo.

Había allí otros guardias armados. Pero también había bastante gente que nada tenía que ver con la vigilancia: hombres con papeles y que tenían facha de gestores administrativos, ciudadanos con instancias, mujeres desorientadas que preguntaban aquí y allá... Todo aquello tenía el aspecto peculiar de una oficina de gobierno de país atrasado a la que acudía mucha gente.

Pasó sin dificultad por el gran portalón. Otras personas salieron con él. Una vez en la calle, Vance se volvió para ver al menos en qué sitio había estado.

Se dio cuenta de que estaba otra vez en la Avenida de la Independencia. Se dio cuenta de que acababa de salir del más noble de los edificios que la jalonaban. Aquello tenía algo de asombroso. Pero mucho más asombroso resultó para él ver el nombre del edificio esculpido en letras de piedra: PALACIO DE LA

PRESIDENCIA.

Infiernos. Había estado en la casa del presidente de la república...

Katy debía de ser su amiguita... O amiguita al menos de uno de los ministros o subsecretarios...

Una cortesana de altura, vaya.

Murmuró:

—La muy ricachona... Ya que no he sacado nada en limpio de ella, podía haberle pedido un préstamo...

* * *

Otras preocupaciones, sin embargo, ocuparon bien pronto los pensamientos de Vance; otras preocupaciones que nada tenían que ver con las fantásticas piernas de Katy ni con sus rojos labios.

Y la principal de ellas era: ¿dónde esconderse?

Ahora ya se sabía que había venido a matar a Gordon, lo cual significaba que estaba descubierto. Y estar descubierto equivalía a estar perdido.

Durante unos instantes se devanó los sesos buscando una solución, mientras cruzaba la calle como un paseante más.

Al norte del país había marismas y lugares de difícil acceso donde sería imposible encontrarle, pero desde los cuales no podría tampoco hacer nada contra el poderoso ministro del Interior. Por otra parte, para llegar hasta allí necesitaba conocer a los campesinos, hacer que se fiaran de él.

Y eso no podía ni soñarlo a corto plazo.

Por lo tanto tenía que permanecer en la ciudad, pero ¿dónde?

Todo era demasiado peligroso para él.

Le buscarían como a una alimaña.

Durante unos instantes, mientras terminaba de cruzar la calle, pensó que había sido un estúpido al no pedir más ayuda a Katy, ya que ella se la hubiese proporcionado. Claro que había que reconocer que tampoco se podía abusar demasiado. Quizá ella no quería que su amiguito de la presidencia de la república, fuese quien fuese, supiera en qué clase de jaleos estaba metida.

Dobló hacia la calle de San Ubaldo.

Y tuvo una idea.

La cortesana venía hacia él.

Era una entre muchas. Una entre una legión. Resultaría imposible que en unas horas —las horas críticas que Vance necesitaba como respiro— la policía controlara todos los sitios a que una mujer como aquélla podía llevarle.

Ella le sonrió.

No era fea.

No era vieja.

No era pretenciosa.

Con la suma que le pidió a Vance, apenas se hubiera podido tomar un gin-fizz en el bar más podrido de Manhattan. Vance dijo que sí, aunque malditas las ganas que tenía de conocer los secretos íntimos de aquella damisela. Lo único que dijo fue que deseaba estar con ella hasta el día siguiente, pagando una sobreprima.

—Pues claro, muchacho... Lo que tú quieras...

—¿Tienes un piso?

—Hay hoteles por aquí...

—No. A tu piso.

—De acuerdo, sígueme a unos pasos. Supongo que tú eres de esos que no quieren comprometerse.

Vance la siguió. Se metieron por una callejuela que olía a frutas podridas, a especias tropicales y a sudor humano. Las paredes estaban llenas de frases pintadas pidiendo la caída de Manrique y de Gordon. Algunas de aquellas frases se referían a las inocentes madres de los dos.

Subieron por unas escalerillas.

Las poderosas líneas de la mujer se movían cadenciosamente delante de él.

Vance musitó: «Lo que uno tiene que hacer para salvar la piel...»

Claro que a veces era un hipócrita.

Ella bisbiseó:

—Aquí.

Y abrió una puertecilla.

Vance entró.

Vio un armario con dos grandes espejos. Vio un diván de líneas isabelinas.

Vio a los cuatro hombres.

Vio sus bocas torcidas.

Vio sus ametralladoras «Thompson».

CAPÍTULO XI

SI por un momento pensó Vance en resistir, ese sueño duró sólo unos breves segundos. Porque se dio cuenta de que las metralletas le apuntaban al pecho y de que le regarían con plomo si hacía un solo movimiento brusco.

La mujer bisbiseó:

—Os lo he traído bien...

Detrás de los cuatro hombres apareció un quinto individuo. Era moreno, con los cabellos muy brillantes, y tenía un indefinible aspecto de chulapón de buena familia. Lo primero que hizo fue clavar en Vance unos ojos cargados de veneno.

Cerró la puerta.

En aquella habitación pequeña, sin ventanas, de clima sofocante, toda idea de resistir se convertía en un sueño imposible. Vance se dio cuenta de que había caído de lleno en la ratonera, aunque no sabía cómo era posible que las cosas hubieran marchado tan rápidas.

El individuo de los cabellos brillantes musitó:

—Tú no me conoces, ¿verdad, hijo de perra?

—No tengo ese disgusto —murmuró Vance—, pero le prometo que si me dice su nombre, me desinfectaré los oídos enseguida, sin reparar en gastos.

El otro pegó a Vance en uno de los párpados. Tenía una mano pequeña, pero dura y maligna. Además debía estar educado en una mala escuela, porque casi metió el dedo pulgar en el ojo del joven.

Este tuvo que inclinarse transido de dolor, mientras sentía como si le hubiesen arrancado el lacrimal entero.

En aquel momento, mientras estaba casi indefenso, alguien le golpeó en la nuca y le cacheó. La pistola que él llevaba remetida entre la camisa y el pantalón, pasó a manos de sus enemigos.

El fulano que le había dado en el ojo, gruñó:

—Soy el director general de las fuerzas armadas.

—¿Tú? —masculló Vance.

—¿Y por qué no?

—Porque no tienes pinta de militar. Tienes pinta de invertido, pero no te hagas ilusiones: de invertido barato...

Se oyó un grito de rabia, pero el fulano de los cabellos brillantes no le pegó más. Era una tontería hacerlo, puesto que tenía algo mucho mejor reservado para él.

—Me llamo Balboa —barbotó—, y no soy militar ni falta que hace. Aquí los militares están sometidos al control político.

—Y el coronel Manrique domina ese control político, ¿no?

—¿Por qué piensas eso?

—Porque es un sistema ideal para tener sometidos a los que no siguen una determinada línea. Porque los militares que no piensan como Manrique son trasladados a las infectas guarniciones de las marismas, donde acaban siendo devorados por los mosquitos y las arañas, ¿no es así? A eso le llamáis vosotros el «control político». ¿Y conmigo qué vais a hacer? ¿Destinarme también a una de esas cochinas guarniciones?

La voz de Balboa dijo suavemente:

—Tú has venido aquí a matar al señor Gordon por encargo de Gálvez.

—Eso empieza a saberlo todo el mundo —masculló Vance—. ¿Pero cómo habéis podido saber que me encontraríais aquí?

—Sabemos que has salido hace unos minutos del palacio del propio presidente de la república —dijo Balboa.

Vance sintió una especie de mazazo en el cráneo.

Infiernos... Otro chivato. ¿Pero cómo era posible que allí los chivatos estuvieran en todas partes y se moviesen tan rápido?

—Hay un coche abajo —dijo uno de los que apuntaban a Vance—. Supongo que a este tipo habrá que darle un «tratamiento especial...»

—¿Quién lo duda?

Y empujaron a Vance hacia la puerta con la fuerza de las culatas.

El hada callejera que había metido a Vance en la trampa cuando éste creía salvarse, preguntó:

—Bueno, ¿y yo, qué? Os lo he traído en bandeja...

Balboa hizo una seña.

Uno de sus esbirros movió el puño derecho.

Pero aquel puño no marchaba solo. Ocultaba un corto estilete, que se clavó como un garfio en la garganta de la mujer.

Ella no lanzó un grito.

De pronto lo vio todo rojo: rojo su vestido, rojas sus medias y sus zapatos de alto precio, roja la pared cercana...

Vance ya no tuvo tiempo de decir nada. Lo estaban sacando a trompicones de allí. Vio abajo un coche con otros dos esbirros.

Las damiselas que antes iban San Ubaldo arriba San Ubaldo abajo, luciendo sus encantos; corrían ahora en todas direcciones. La policía estaba dando una batida en regla, cosa extraña, porque en aquella zona no se solían meter con ellas. Vance se dio cuenta de que aquél era un truco de bajo estilo para que nadie se fijase en él.

Un minuto después habían arrancado y salían de la zona. Sin respetar ninguna de las escasas señales de tráfico, salieron de la ciudad. Esta sólo contaba con una buena carretera que llevaba a las playas y a los grandes hoteles con nombres típicos (como The Banana) o nombres yanquis (como The Uncle Sam). Pero pronto dejaron esa carretera para internarse por una senda estrecha y sin asfaltar, en torno a la cual la selva se iba haciendo más y más espesa.

Por lo visto lo llevaban a las cercanas marismas.

La única duda radicaba para Vance en saber si le balearían dentro del coche o lo arrojarían vivo a las charcas infestadas de caimanes. Pensó que probablemente no le balearían, porque eso hubiera equivalido a manchar de rojo la excelente tapicería. De modo que se preparó para lo peor.

Y ahora no podía usar el truco del sombrero.

Ni el del cigarro-navaja.

Ni el de las gafas-cerbatana.

Sólo le quedaba un arma, que eran sus gemelos, pero no estaba

seguro de poder usarlos. De todos modos aguardó.

Las ruedas casi se hundieron en un terreno cada vez más desigual.

Llegó un momento en que ya no pudieron avanzar.

Descendieron y siguieron a pie.

Parecía increíble que aquello estuviera sólo a media hora de coche de la capital de Isla Magna. El encanto de las pequeñas ciudades caribeñas, un encanto que dentro de poco ya no existirá, es éste: se puede pasar en unos minutos de la civilización al más puro primitivismo. Ahora estaban rodeados de ciénagas que despedían una especie de miasmas humeantes y de las que se elevaban nubes de mosquitos. Los mosquitos, de momento, no les atacaban: se limitaban a escoltarles, esperando que el sudor bañara sus rostros y les venciese el cansancio.

Llegaron quince minutos después al borde de un lago donde florecían las más hermosas plantas tropicales que Vance había visto jamás. Eran unas plantas maravillosas, pero curiosamente no aleteaba en torno a ellas ni un pájaro: sólo insectos.

Pronto adivinó Vance la razón de que hasta las aves zancudas hubieran emigrado de allí. Por debajo de las hojas perezosas que cubrían el agua, palpitaba una vida miserable y fétida. Los caimanes empezaron a asomar sus ojos y a flotar como troncos muy cerca de la orilla. Sin duda no era la primera vez que se les obsequiaba con un festín semejante, y estaban acostumbrados.

Vance contó a sus enemigos.

Cinco.

Cuatro de ellos con metralletas.

Mal asunto.

Y delante los caimanes.

Peor asunto aún.

Pero no iba a estarse quieto para que los demás se divirtieran luego contando sus pedazos. De modo que tendió un poco sus brazos y alzó las manos hasta la altura de los ojos de los dos hombres que tenía a su lado, uno a derecha y otro a izquierda.

Al de la izquierda, le dijo:

—Podrías al menos aprovechar mi reloj... Es de oro. Y los gemelos son de piedras preciosas. Podéis quitármelos también.

—¿Qué tratas de hacer? ¿Ganar tiempo?

Pero los dos esbirros miraban el reloj y miraban sobre todo los gemelos, que eran magníficos. Tenían los ojos apenas a cuatro dedos de ellos.

Vance los aplastó contra sus caras con un doble y suave gesto.

Fue bastante.

El ácido sulfúrico que estaba contenido en el interior de los gemelos salió escupido en un doble y penetrante chorro. Los dos sicarios lo recibieron de lleno en los ojos.

Fue suficiente.

Ya no verían nunca más.

Su alarido de dolor y de muerte, llenó aquella especie de selva.

Pero Vance no se entretuvo en oír ese alarido, que por otra parte no le causaba ningún placer. Sin esperar ni un segundo, hizo un doble y veloz movimiento. A uno de los Sujetos lo abrazó, poniéndolo delante de él, mientras al otro le aferraba la americana por detrás, poniéndolo también delante del primero. Como estaban aterrados por su propio dolor, no se resistieron.

De ese modo, Vance tuvo dos hombres delante de él y encima sin enseñar los brazos. Eso era vitalmente necesario, porque sabía lo que iba a ocurrir un segundo después.

Los otros dos fulanos de las metralletas, dispararon a mansalva. Lo hicieron de una forma maquinal. Y las balas de las «Thompson» hubieran atravesado fácilmente un cuerpo humano, pero no atravesaron dos, uno detrás de otro.

De ese modo, Vance no sufrió la menor herida. Y se dio cuenta de que sus dos enemigos estaban encegados, disparando a mansalva, sin mirar dónde:

A uno de ellos le envió encima los dos cuerpos ensangrentados. Se oyó un aullido cuando aquel tipo perdió la metralleta y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Se hallaba al borde del lago.

¡Y no la veía!

De pronto ocurrió algo muy sencillo, asombrosamente sencillo, pero que Vance no olvidaría jamás. Uno de los caimanes sacó medio cuerpo fuera del agua y asió una de las patas de aquel hombre con sus poderosas mandíbulas. Tiró de él hacia las aguas

del lago, mientras una docena de fauces ansiosas se abrían también.

El alarido fue espeluznante.

Los dos cuerpos repletos de plomo quedaron en la orilla y fueron también arrastrados hacia el interior.

Quedaban con Vance otro esbirro con una metralleta y el aterrorizado Balboa, que estaba sacando una «Parabellum». Pero ninguno de los dos había reaccionado aún, como fascinados por el macabro espectáculo. Y todo sucedió en unos segundos, todo cambió en un tiempo récord que sólo Vance fue capaz de controlar.

Dio un puntapié en el bajo vientre del tipo de la metralleta.

Este bajó el cañón hasta el suelo, dominado por el dolor. Envío maquinalmente un chorro de balas casi a la altura de sus zapatos.

Entonces llegó el segundo puntapié de Vance, que fue más bien un empujón. El individuo basculó al borde del lago.

Los caimanes ya le estaban esperando. Surgían de todas partes. Debajo de las perezosas hojas tropicales palpitaba una vida miserable.

El alarido de dolor cuando aquel hombre fue atrapado, se mezcló al grito de miedo de Balboa. Este tenía ya la «Parabellum» en la mano, pero no acertaba a utilizarla. Nunca se había encontrado en una situación así. Los nervios le devoraban.

De todos modos disparó, pero con retraso. Las balas se hundieron en el fango, mientras Vance daba dos vueltas sobre sí mismo, al lado de una de las metralletas. La sujetó con las dos manos mientras la «Parabellum» giraba hacia él.

Vance gruñó:

—Tendrás tiempo de disparar, pero yo también tendré tiempo de enviarte un chorro de balas. De modo que yo quedaré solamente herido y tú quedarás convertido en harina de cerdo. Elige.

Balboa soltó el arma.

Balbució:

—Por favor...

—Camina hacia el lago.

—No..., no serás capaz de hacer eso.

—¡Camina hacia el lago he dicho!

—¡Los caimanes me devorarán si avanzo un paso más! ¡No puedo! ¡NO PUEDOOOOO...!

Y cayó de rodillas.

Estaba ciego de horror.

Vance lo envió de un puntapié al borde del lago. Uno de los caimanes le envió su aliento fétido.

Balboa chilló de horror.

Para ahorrarle sufrimientos, Vance le descargó en el vientre todo lo que quedaba del cargador. Sabía que si aquel hombre no moría, él tampoco conservaría la vida. O ejecutaba o sería ejecutado.

Luego tuvo que retroceder.

Los caimanes salían de todas partes.

Incluso hubo de bañar a un par de ellos en salsa roja, disparando contra sus asquerosos cuerpos las balas de la «Parabellum». De lo contrario le habrían digerido a él también. Cuando el arma ya no tuvo más plomos, la lanzó a la cabeza de uno de los saurios.

El caimán se la tragó.

Vance masculló:

—Buen provecho...

Y volvió hacia el coche que le había traído hasta allí. Iba a poder volver ancho a la capital. Y, en efecto, vio el coche donde los otros lo habían dejado, pero tuvo una sorpresa. Un viejo campesino estaba sacando brillo a las ruedas con una gamuza.

Sonrió al ver a Vance. Pensó seguramente que era uno de los magnates que gobernaban el país.

—Le he guardado el aparcamiento, señor —dijo.

Vance le tuvo que dar medio dólar mientras gruñía:

—Para que luego digan que en esta tierra no están adelantados, qué cuerno...

CAPÍTULO XII

ESTACIONÓ el coche, sin miedo a llamar la atención, en una de las más concurridas plazas de la ciudad, entre los cocoteros y las matas de rododendros, y tomó un taxi para que le llevase a uno de los más lujosos hoteles de la playa. Eligió el The Banana. Como ocurría en casi todos los centros de esparcimiento de la costa, una serie de chicas le sonrieron enseguida mientras cruzaban las piernas de una forma más o menos insistente. Vance sabía que todas buscaban su buen amigo el dólar, pero no les hizo maldito caso.

Compró un paquete de «Navy Cut» sin filtro en una máquina automática y encendió un cigarrillo. Luego fue al bar y pidió un refresco de piña, mientras miraba en torno suyo.

No corría peligro allí.

Todos los que llenaban las mesas eran turistas que viajaban por cuenta de las grandes agencias norteamericanas. No se oía una sola palabra en español.

Los nervios de Vance se habían relajado, y ahora se sentía más tranquilo cada vez. Una cosa era indudable: el jefe de la policía no le buscaría porque estaba muerto; el director general de las fuerzas armadas no le buscaría porque estaba muerto; en un brevísimo tiempo se había cargado a dos de los pájaros más importantes del país.

Terminó su refresco.

Ahora le buscarían Gordon y Manrique, eso desde luego, pero lo mismo Gordon que Manrique tardarían en saber que estaba vivo. Su situación actual permitía a Vance un cierto margen de libertad

que él pensaba aprovechar al máximo.

Fue a la *boutique* del hotel, donde había ropa confeccionada para caballero, y se compró un equipo nuevo. Por fortuna, nadie le había quitado aún sus *traveller-checks*, quizá porque no servían si no iban firmados. Le estaba dando unos buenos pellizcos a su cuenta corriente, pero eso era lo de menos ahora.

Arrojó sus gemelos que ya no le servían y pensó que en este momento ya no disponía de ningún arma secreta de su arsenal. Fue a la *suite* que había alquilado, un magnífico par de piezas desde las que se divisaba una inmensa extensión de playa, y abrió los grandes balcones. Necesitaba mirar el mar, necesitaba descansar, necesitaba relajarse un rato.

Pero no pudo entretenerse demasiado.

Porque oyó un ruido en el cuarto de baño.

La ducha.

¡Alguien estaba allí!

Vance tensó los músculos, porque aquello podía ser una trampa. Recogió la pistola calibre pesado que le quitaron cerca de la calle de San Ubaldo y que había recuperado junto al delicioso lago de los caimanes. Se la remitió de nuevo entre la camisa y el pantalón. Avanzó dispuesto a cargarse a cualquiera que se le pusiera por delante.

Pero no hizo falta.

Al correr las mamparas de la ducha, vio a la mujer.

Realmente no hacía nada malo.

Estaba demostrando tener un gran amor a la limpieza.

El agua corría por su hermoso cuerpo.

Katy dijo:

—Espero que no te sepa mal...

Vance suspiró resignadamente. Había una cosa en aquel país que él no podía hacer de ninguna manera: pasar desapercibido.

—Bueno... —dijo—. Si me das propina, te secaré yo mismo...

* * *

La chica, mientras se acurrucaba un poco mejor entre sus brazos, susurró:

—Quizá te preguntes cómo he sabido que estabas aquí...

—Me pregunto una montaña de cosas, preciosidad, pero, sí, la

primera de ellas es ésta: ¿cómo infiernos has sabido que estaba aquí?

—Aunque este país te parezca muy primitivo, no lo es tanto. Al menos la policía funciona muy bien.

—Ya lo he notado...

—Todas las taxis tienen radioteléfono.

—Eso también lo sé. ¿Pero qué tiene que ver...?

—No se puede llevar a un hotel a una persona sin equipaje, a menos que el taxista informe luego del trayecto que han hecho y del sitio en que lo ha dejado. En eso, gracias al radioteléfono, emplea menos de dos minutos. Cualquier persona extranjera que se desplace, pues, de un modo poco normal, está localizada en memos de lo que se tarda en encender un cigarrillo.

—Perfecto... ¿Pero cómo has sabido eso tú?

—Ya has visto que tengo un amiguito en un palacio importante, ¿no?

—Es que ese amiguito, ¿es acaso el jefe de la seguridad de...?

Ella asintió levemente.

—Yo puedo saber muchas cosas que los demás no saben — musitó.

Vance sintió amargura. No supo bien por qué, pero sintió amargura. Aquella muñeca que tenía en sus brazos; aquella preciosidad que le daba lo más desinteresado de su amor, era sin embargo, una ramera de categoría, una mujer que se vendía a lo más abyecto de aquel sufrido país. Le inspiró una mezcla de pena y de repulsión. Consideró mucho más dignas a las que se entregaban, por ejemplo, a un repartidor de hortalizas en la calle de San Ubaldo.

Katy musitó:

—¿Qué te pasa?

—Nada... Estaba pensando.

—¿Es cierto lo que se dice por ahí de que has venido a matar a Gordon?

—No te conviene saberlo, Katy. A ti menos que a nadie.

—¿Crees que van a torturarme para que hable?

—Todo es posible. El ambiente en que te mueves no es precisamente un ambiente de santos. Y has cometido un terrible

error al venir aquí, pero lo malo es que ya no puedes remediarlo.

—¿Qué vas a hacer ahora, Vance?

Él no contestó.

Miraba al techo en el que se perdían las volutas de humo de su cigarrillo.

—Lárgate —dijo.

—Pero ¿por qué?

—No quiero que te veas envuelta en esto. Voy a volver a la ciudad y tú tienes que estar lejos cuando ocurra lo que ocurrirá. No es asunto tuyo.

Ella dejó suavemente tendida en el diván mientras a lo lejos, sobre las playas, el horizonte se teñía de púrpura. Los turistas millonarios volvían de pescar el tiburón y el pez espada en sus yates color blanco. Por las playas empezaban a deslizarse parejas entrelazadas que sin duda hablaban de amor y de los dólares, las dos únicas cosas serias de que uno podía hablar en Isla Magna.

Mientras Vance se abrochaba la camisa, ella susurró:

—¿No me dejas que me quede aquí esta noche?

—No. Lárgate.

Vance se remitió la pistola entre la camisa y el pantalón, se abrochó bien la americana y salió. Buscó el único taxi viejo que había allí, el único trasto que no tenía radioteléfono.

Una vez en el centro de la ciudad, vio que había fuerzas de seguridad por todas partes. El clima no era de guerra, pero poco le faltaba. Los soldados analfabetos patrullaban sin cesar. Dada su incultura, lo mismo les importaba disparar contra uno que contra otro. Resultaban especialmente temibles.

Vance se mordió los labios. Queriendo quemar etapas y aprovechar el tiempo, se había metido en una buena encerrona, porque al menos en el hotel de la playa hubiera podido estar tranquilo. Seguramente se había corrido la voz de que estaba libre y le buscaban a él, precisamente a él.

Intentó disimular metiéndose por entre los abigarrados tenderetes de vendedores de animales. Allí se vendía toda la fauna del mundo tropical, desde perrillos de mirada melosa hasta gatos de porte altivo, pasando por grillos, canarios, cuervos y serpientes más o menos domesticadas. Era un mundo exótico, lleno de color,

de ruido, de música y de mujeres hermosas que desfilaban entre los tenderetes. Vance, mientras avanzaba entre ellos, vigiló cuidadosamente los movimientos de las tropas.

Allí era difícil que pudieran verle.

Por el momento estaba seguro.

De pronto una mano se posó en su espalda.

Vance llevó la derecha hacia la culata con un movimiento lleno de suavidad.

Pero no hizo falta.

El tipo que había llamado su atención era un pobre vendedor de pájaros. Llevaba una camiseta de muchos colores y hablaba con un cierto deje brasileño. Un buitre de color pardo, de largo pico y sólidas patas, descansaba en su hombro derecho.

—Se lo vendo, paisano —dijo mirando a Vance.

—¿Y para qué? ¿Qué diablos voy a hacer yo con un buitre?

—Está domesticado. Si se lo pone usted en un hombro y lo acostumbra sólo durante cinco minutos, ya no se separará jamás de usted. Lo tendrá siempre por las mañanas en la ventana de su dormitorio. Le seguirá a todas partes de árbol en árbol. Y hasta robará para usted si hace falta. «Federico» es terriblemente astuto.

Vance miró a «Federico».

El cuervo también le miraba fijamente a él, como preguntándose si le convenía cambiar de dueño. Vance chascó dos dedos, pensando que un bicho que le sigue a uno a todas partes quizá no sea, después de todo, una mala compañía.

—¿Cuánto quiere por él?

—Ocho dólares.

—No es mal precio —dijo Vance—. Tome.

—Sujete las patas de «Federico» mientras lo lleva sobre su hombro los primeros minutos —recomendó el vendedor—. De lo contrario, hasta que se acostumbre, se le escaparía. Los cuervos de esa clase sólo se encuentran en muy pocos puntos de la selva. Son inteligentísimos; no se arrepentirá.

Y cuando Vance ya se alejaba, el vendedor gritó:

—¡Y además son comestibles...!

Vance acarició las patas del cuervo mientras musitaba:

—Menos mal que, por el momento, no paso hambre...

Los soldados seguían estando por todas partes. Y Vance, pese a llevar sobre el hombro derecho un cuervo tropical, lo que le daba un cierto aire de turista ligeramente idiota, sabía que acabarían identificándolo. La sensación de haberse metido en una cochina encerrona se acentuaba más y más a cada minuto que transcurría.

No debió haber salido del hotel tan pronto.

Claro que lo que deseaba era separarse de Katy para no meterla en más peligros. Si ella no llega a aparecer allí...

Incluso le pareció a Vance que algunos de los oficiáis les se fijaban especialmente en él. Su instinto le hizo advertir que los soldados cambiaban de posición. La zona en que él se movía estaba siendo discretamente acordonada.

Otra vez sus dedos rozaron el bulto de la culata.

No estaba dispuesto a que le cazasen vivo, de modo que moriría matando. Pero le hería en lo más íntimo disparar contra aquellos soldados analfabetos, sacados de las marismas y de las maniguas, que en realidad eran manejados y que no tenían culpa de nada. Otra vez lamentó, y ahora hasta el fondo de su alma, haberse metido en aquella situación.

Vio que todas las esquinas estaban copadas.

Sus ojos se entrecerraron.

Comprendió que había llegado el momento de actuar. O lo hacía él ahora o lo hacían ellos. Iba a producirse un tiroteo a la desesperada en el cual tendría que matar para no morir.

Fue a sacar la pistola, haciendo un movimiento brusco. Incluso había elegido la primera víctima.

Un oficial con barbita que le miraba fijamente.

Y de pronto todo cambió.

Una serie de bombas de mano cayeron sobre unos cercanos almacenes. Las llamas brotaron de todas partes. Los soldados empezaron a correr.

Era un ataque en regla.

Alguien aulló:

—¡Las guerrillas...!

La zona quedó vacía en unos segundos. Todo el mundo corrió hacia el lugar de las explosiones. Los vendedores empezaron a

recoger sus tenderetes y las floristas a lanzar por los aires su mercancía.

Vance suspiró.

—Bueno... Parece que me he salvado por milagro...

Un coche, un viejísimo «Chevrolet» amarillo, se detuvo junto a él.

—¿Taxi, señor?

Vance pensó que empezaba a tener suerte. Era una magnífica oportunidad para largarse de la zona.

—Claro... —musitó.

Pasó al interior, siempre sujetando las patas de «Federico» para que no se le fuese.

Y de pronto balbució:

—Gálvez...

El hombre que estaba en el interior le sonrió desde la penumbra de la cabina. Con voz pastosa le dijo al chófer:

—Hala, Pedro, sácanos de aquí.

Los disparos arreciaban y las llamas surgían por todas partes. El viejo taxi rozó contra una esquina, patinó, estuvo a punto de dejarse las ruedas y al fin enfiló una carretera tortuosa llena de bares que se llamaban todos de la misma manera: El Pirata, La Golfa o La Tortuga.

Vance musitó:

—Ha sido muy oportuna su intervención, Gálvez. Sus hombres han trabajado bien.

—Hemos visto que estaba en peligro.

—¿Es que me siguen a todas partes?

—Aunque no lo crea, así es.

—Infiernos... Pues ya podían haberme ayudado cuando estaba con los caimanes...

—Hay sitios a los que no llegamos, amigo Vance. No olvide que nuestras fuerzas están muy dispersas.

—Me hago cargo. Y ahora me han sacado de un buen lío, Gálvez. Me he dado cuenta de que habían puesto ya el ojo encima.

—Pues no tema. Vuelve a estar seguro..., de momento. Y ahora hablemos. ¿Un cigarro?

—No, gracias. Tengo la boca seca.

—¿Qué hace teniendo en los hombros ese asqueroso pájaro?

—Lo he comprado para despistar.

—Bueno, puede que lo haya conseguido en parte... Oiga, Vance.

—¿Qué, Gálvez?

—Hasta ahora no ha podido acercarse a Gordon.

—¿Qué va a hacer? ¿Reprochármelo?

—Bueno, ése no es el caso precisamente... Ha hecho una buena escabechina con otros enemigos de la libertad.

—Sí. Por ejemplo Guijarro, el jefe de la policía. Y Balboa, el director general de las fuerzas armadas. Pero le juro que mi único objetivo es Gordon. Si he matado a los otros, ha sido porque no me ha quedado otro remedio. Se me pusieron delante.

—Lo doy por descontado. Hay chivatos en todas partes, y los chivatos se mueven rápido. Claro que también nosotros tenemos soplones que nos informan... El caso es que ahora ya saben que usted ha venido a matar a Gordon y no le dejarán en paz. Creo que tiene que actuar rápido, si quiere conseguir algún éxito.

—Sí, pero ¿dónde puedo encontrar a ese tipo? Se meterá bajo tierra, si sabe que voy a por él...

—Yo puedo decirle dónde está.

Vance tensó los músculos.

—No estoy deseando otra cosa —dijo.

—Bueno... Los datos que voy a darle son seguros, aunque pueden fallar en una sola cosa. Eso ya no puedo preverlo yo.

—¿Qué es lo que puede fallar?

—En lugar de encontrar a Gordon, tal vez encuentre al coronel Manrique.

—¿Por qué razón?

—Por muchas. Una el ser socios, como sabe, y tener las mismas ambiciones políticas, aunque cuando estén en el poder, si llegan a estarlo, se tirarán los platos a la cabeza.

—¿Quiere decir cuando eliminen a Montalbo, el presidente de la república?

—Acabarán haciéndolo.

—Comprendo la situación. Dígame el otro motivo de que Manrique pueda estar allí en lugar de Gordon.

—Muy sencillo... La dirección que voy a darle es la de una finca

de recreo. Sólo va gente de gran altura. Hay masaje, sauna, relax... Hay chicas. De todos modos, el dueño es Gordon.

—Siso sin entender por qué va Manrique también.

—Sencillo, sencillo... Se lo estoy explicando, aunque a mí el asunto no me importa. Lo que quiero es que Gordon la palme y en paz, aunque si mata a Manrique tampoco voy a llorar, se lo juro... Gordon le invita a veces. De vez en cuando hablan y el coronel se queda a dormir.

—Entiendo.

—Nadie puede garantizar si lo encontrará o no. De todos modos, vaya con cuidado. ¿Lleva armas?

—Una quitapenas del nueve largo.

—De acuerdo. Mañana al mediodía será el mejor momento. La dirección es Villa Las Acacias, Avenida de Morgan, 12.

—¿Morgan era el famoso pirata?

—Pues claro... Siempre fue un personaje aquí. ¿Y por qué cree que Gordon eligió para su residencia un sitio con un nombre tan significativo?

—Por supuesto. El encaja perfectamente con el oficio de Morgan.

El taxi estaba remontando una colina desde la cual se divisaba una maravillosa perspectiva de las playas.

Algunos coches de caballos que llevaban turistas también la ascendían trabajosamente. Dentro iban parejas que se besuqueaban y hablaban del buen tiempo. Vance murmuró:

—Oiga, Gálvez...

—Estoy dispuesto a ayudarle en todos los terrenos. ¿Qué necesita?

—Primero, un sitio donde dormir.

—No se preocupe. Al final de esta carretera hay unas escaleras por las que se llega a una ensenada. Y en la ensenada hay un yate de un millonario muy respetado en el país. Usted dormirá tranquilo en él.

—¿Y el millonario? ¿Dónde está?

—De juerga con la tripulación. Hemos elegido las mulatas más estupendas que hay en la isla. Estará dos días borracho.

—Bien... Otra cosa, Gálvez. Necesito una bomba de mano.

—¿Por qué una bomba?

—Me las suelo tragar como aperitivo. Ya estoy cansado de las aceitunas.

—No me diga... ¿Y qué le hace pensar que yo llevo una bomba de mano?

—Un desesperado como usted no saldría de casa sin ella. Además, sus hombres las han derrochado cerca del mercado de pájaros. No me va a decir que usted se ha quedado sin ninguna.

—De acuerdo... —con una sonrisa, introdujo una mano en uno de los bolsos del coche—. Es de piña y pesa ochocientos gramos. Carga de alta calidad. Espero que no se le indigeste.

Vance la palmeó. El seguro estaba bien puesto.

—Gracias, Gálvez —dijo—. De modo que villa Las Acacias. Y de modo que mañana al mediodía. Y de modo que una sauna... Creo que alguien va a sudar de lo lindo sin necesidad de entrar en ella....

CAPÍTULO XIII

A cualquiera le gusta eso de dormir en el yate de un millonario, y a Vance no le fastidió en lo más mínimo. Eso por descontado. A la mañana siguiente se sentía tan descansado, tan fresco como si aquella condenada aventura aún estuviese por empezar.

Sólo le faltaban unas cuantas mulatas para animar el ambiente.

De modo que tuvo que darle un manotazo a la robusta matrona que baldeaba la cubierta. Se la dio en la nalga, que le pareció menos pesada, pero aun así debía andar —sólo aquella parte— por los veinte kilos largos.

—Gracias —dijo ella—. Cuando se anime, repita.

Una de las cosas malas de este mundo es que los manotazos en las nalgas sólo te los agradecen las viejas.

Vance descendió del yate y subió por las escaleras hasta el camino desde el que se divisaba una magnífica perspectiva del mar. Un coche de caballos adornado con flores, esperaba junto a la curva. Dentro del coche descansaba una mulatita de cabellos sedosos, de piernas largas y de piel color chocolate. La mulatita le sonrió.

—¿Quiere que le llevemos a Las Acacias? —dijo.

—Claro... Tú puedes llevarme al infierno, nena, siempre que no cambies de postura.

Estaba claro que Gálvez le había proporcionado el único medio de transporte con el que podía bordear la ciudad sin llamar apenas la atención. Un turista bien vestido que pasea en coche de caballos con una cortesana de altura era un espectáculo la mar de normal en las carreteras locales de Isla Magna. Por lo tanto, se estuvieron

besuqueándose y dándose un lote mientras desde más de un jeep cargado de policías les miraban con envidia.

Fue ella la que dijo, al cabo de un recorrido de una hora:

—Allí.

La villa dominaba la colina lujuriente y estaba colgada sobre el mar. Una serie de terrazas talladas en la roca descendían hasta la playa privada. Cada una de las terrazas tenía una vegetación tropical distinta. En la casa debía de haber una gran piscina, porque destacaba la blancura de un trampolín entre el verde-intenso de los árboles.

Vance apretó los labios con una cierta envidia.

Buena vida para los que la pasaban allí.

Buenas tías.

La mulatita dijo:

—Te dejaremos en la curva, muy cerca de la puerta. Pero ten cuidado porque siempre hay guardianes armados allí.

—Ya suponía que no iba a encontrar hermanitas de la caridad —dijo Vance suavemente.

Y descendió en el sitio indicado.

Más allá de la espesa vegetación de tamarindos vio al primer guardián. Era un tipo que fingía cuidar el césped, pero que no disimulaba para nada la escopeta de dos cañones aserrados colgada a la espalda.

Era un arma temible para disparar a corta distancia, y Vance lo sabía demasiado bien. Palpó el bulto de la bomba en uno de los bolsillos de su bien cortada americana y miró al cuervo que le observaba atentamente desde uno de los árboles. El cuervo había dormido en uno de los palos del yate y no había dejado de seguir a Vance, saltando de árbol en árbol, mientras Vance iba en el coche de caballos. Al menos el vendedor no le había engañado en eso: aquel pajarraco no se separaba jamás de su dueño.

Vance avanzó con las manos en los bolsillos.

El guardián le miraba fijamente:

—¿Quién es usted? —preguntó en inglés—. ¿Qué hace aquí?

Vance contestó también en inglés; pero con un acento francés que mareaba, para interpretar mejor su papel de turista.

—Quisiera ver el mar desde el borde de la colina —dijo.

—No siga. El borde de la colina ya es propiedad privada.

—¿No puedo ir ni siquiera hasta allí?

—No. Retírese.

Y el tipo puso la mano sobre la correa de la escopeta, como si fuese a descolgarla en cualquier momento.

Vance dijo:

—Bien... De acuerdo...

Simuló ir a volverse.

Y de pronto disparó su pierna izquierda, en un fantástico golpe de boxeo camboyano. El tacón se clavó en la mandíbula del guardián. Este lanzó un gruñido y vaciló hacia atrás, aunque no llegó a perder el conocimiento.

Vance tampoco le dejó tiempo para recuperarse.

Ya estaba sobre él.

Disparó el puño derecho.

El izquierdo.

El derecho.

El izquierdo.

La cabeza del guardián fue de un lado para otro. Al tercer golpe, ya tenía los ojos en blanco. El cuarto le dejó totalmente K. O.

Vance lo amordazó con su propio pañuelo, lo ató sólidamente a un árbol empleando la misma correa de la escopeta y lo situó de forma que no se le viese desde el camino. Mientras tanto, el cuervo lanzaba alegres graznidos, como si todo aquello le divirtiese. Al final vino a posarse en el hombro derecho de Vance.

Este manipuló un momento con él y luego lo impulsó al aire. El cuervo revoloteó pesadamente hasta el más próximo árbol.

Vance atravesó el jardín, procurando que su cabeza no asomase por encima de las majestuosas matas de flores. Llegó así hasta la casa sin haber encontrado a ningún nuevo guardián.

Pero junto a la casa sí que lo encontró.

Aquel segundo fulano, al igual que el primero, llevaba una escopeta de cañones aserrados, pero con una ventaja para Vance: estaba de espaldas al camino por el que llegaba éste. No se enteró de nada hasta que recibió aquel golpe de canto en la nuca.

Y luego siguió sin enterarse.

Su sueño tropical estuvo poblado de visiones de flores, de

botellas de ron, de tortas de maíz y de señoras estupendas que se daban de guantazos por llevárselo a casa.

Pero el que se lo llevó fue Vance.

Lo metió en un garaje, entre dos lujosos coches de importación, y después de amordazarlo, lo ató a uno de los parachoques posteriores. Acto seguido se deslizó hacia uno de los lados de la casa, donde estaba la piscina y donde empezaban las terrazas que descendían hasta el mar.

La tumbona estaba allí, al borde del agua.

Vacía.

Con una mesita y un vaso ambarino delante. Con un cenicero en el que aún humeaba un cigarrillo. Con una novela de Simenon abierta por las páginas centrales. Junto a la tumbona había también un abanico, lo cual indicaba que la que había estado allí sentada hasta unos segundos antes era una mujer.

No podía estar lejos, puesto que el cigarrillo aún humeaba. Seguro que volvería de un instante a otro, por lo que Vance decidió aguardar.

Ya le habían advertido que allí tropezaría con cortesanas muy cotizadas, y posiblemente la que encontraría allí era una de ellas. ¿La favorita de Gordon...?

Si era así, tanto mejor. A través de la favorita, encontraría al fulano al que estaba dispuesto a matar.

Quedó quieto en el quicio de la puerta.

Aguardando entre el silencio.

Respirando el aire limpio y apacible de la casa.

Hasta que aquella voz conocida preguntó a su espalda en un susurro:

—¿A quién esperas, Vance? ¿Por qué tienes tanto interés en llenar de ataúdes todo esto? ¿Es que te han nombrado agente de una funeraria?

CAPÍTULO XIV

VANCE no necesitó volverse, porque había reconocido muy bien aquella voz. Tan bien que le pareció ver incluso la cara de Katy sonriendo hechiceramente tras él, sonriendo burlonamente, mientras se disponía a ofrecerle sus labios en un beso. ¿O tal vez mientras se disponía a atravesarle la nuca con una bala?

Ella insistió:

—¿A quién buscas aquí?

—A un pájaro —dijo Vance, sin comprometerse a nada.

—¿Gordon?

—Tal vez.

—¿Manrique?

—Tal vez.

—¿Y por qué no al presidente de la república?

—Porque esta casa no es suya. Sé que al presidente de la república no lo encontraré aquí. Por otra parte, en él descansa la única posibilidad de redención que aún tiene el país. Cuando el presidente consiga librarse de algunos buitres y de algunas camarillas que lo tienen medio prisionero, puede que las cosas vuelvan a marchar bien.

Ella hizo un gesto de desdén.

—¿Y a ti qué te importa? Si mañana un terremoto destruye a Vallerrico y hace que sus tres islas sean tragadas por el mar, ¿va eso a quitarte el sueño?

—No, desde luego que no. Yo soy un profesional que va a lo suyo. Sólo he intentado explicarte por qué no pienso matar al

presidente de la república.

Y se volvió.

Llegó a mirarla.

La chica llevaba un bikini.

¿O no?

¿Cuántas piezas tiene un bikini? ¿Quizá es un conjunto de dos piezas para los que sólo saben contar hasta uno?

Katy musitó:

—Lo siento. Tengo la sensación de que me he olvidado de algo muy importante.

—No te has olvidado de nada. Está mejor así.

—A veces tengo también la sensación de que estoy inventando una nueva moda —musitó ella.

—Eso no. La moda que tú acabas de inventar, ya la inventó Eva.

Y Vance movió la mano derecha.

No pudo contenerse.

Supo que hacía mal.

Pero la bofetada pareció estallar en todo el recinto. La cara tostada de Katy fue de un lado para otro.

Sin lograr dominarse aún. Vance susurró:

—Zorra...

Ella se llevó los dedos largos, estilizados, hasta la mejilla que había cambiado de color. Pero no se quejó. Solamente dijo con voz suave:

—¿Celoso?

—Me reviente que seas una golfa de tanta altura.

—¿Qué preferirías? ¿Que me dedicara a los cargadores del muelle?

—Lo que me revienta es que te dediques a alguien, maldita puerca.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de la mujer. Claramente, aquello le gustaba. O le divertía. Parecía disfrutar con las dos líneas de sufrimiento que de repente habían aparecido en la comisura de la boca de Vance.

—¿Sabes lo que eso significa? —musitó ella.

—¿Qué?

—Sólo esto: has llegado a quererme.

—Puede que solamente me gustes y aspire a tenerte en exclusiva una temporada, nena. No te hagas ilusiones.

—Claro que me las hago... Sería una bonita combinación: una golfa de altura y un pistolero de gran categoría. Podríamos montar un bar para gente indeseable en un callejón marítimo de Marsella. Fantástico.

Vance apretó los labios. Sí, maldita sea, eso no podía negarlo. Bonita combinación. Y sin embargo, algo le quemaba en el pecho, algo le decía que eso no era de ningún modo lo que durante toda la vida, en el fondo de sí mismo, había estado deseando.

Ella murmuró:

—Bueno, ya tienes la explicación de mi presencia aquí: una vez muerto el jefe de policía, que quería explotarme en exclusiva, he vuelto por mis fueros de gran dama. Mis amigos figuran entre lo más alto de la buena sociedad de Vallerrico. Y ahora soy la invitada especial de uno de ellos.

—¿Quién? ¿Gordon? ¿Manrique?

—El coronel Manrique.

Vance tuvo una sorda decepción.

Eso complicaba su trabajo. A quien él quería matar era a Gordon, pero Gordon no acababa de ponersele a tiro nunca. Eran otros hombres casi tan importantes como él los que aparecían ante los puños o el cañón de Vance. Gordon, como en casi todas las historias violentas, era el enemigo que quedaba para el final.

Mala suerte.

Él quería liquidar a Gordon y no a otro.

Pero musitó:

—¿Dónde está ese cerdo ahora?

—Supongo que bajará a la piscina de un momento a otro. Tiene por costumbre refrescarse antes de...

—¿De qué?

—De dedicarse a una chica.

—¿Se ha «dedicado» a ti?

La voz de Vaneé había sido ronca, tensa.

—No —dijo Katy—, aún no. Yo he llegado como invitada esta misma mañana, pero no creo que mi «virtud» dure hasta el

mediodía.

Vance prefirió no contestar. Estaba tan rabioso que sentía la oscura necesidad de golpear otra vez a la muchacha, pero ahora supo contenerse. Había venido allí para otra cosa, no para pensar en sus sentimientos. El, al fin y al cabo, era un profesional.

Dejó el refugio que significaba aquella puerta y fue a las inmediaciones de la piscina, pero volvió enseguida. Katy aún estaba allí, con su bikini de dos piezas para los que sólo saben contar hasta uno.

—Tú me salvaste la vida una vez —dijo Vance—, y puede que haya aquí una fiesta de plomo por todo lo alto. Vas a largarte, por lo tanto. No quiero que corras peligro.

—No te preocupes —dijo ella—; conmigo no se van a meter. ¿Pero qué piensas hacer? ¿Tratar de matar al coronel Manrique?

—No tengo nada contra él.

—¿Pues qué...?

—Espero que Gordon venga a esta casa. Me ocultaré en ella hasta que ese maldito se me ponga a tiro.

—Perfecto... Vas a esperar hasta que te maten, ¿no? ¿Crees que no van a descubrirte? ¿Dónde piensas ocultarte?

—Tampoco les será fácil acabar conmigo —murmuró Vance—. He conseguido llegar hasta aquí, ¿no?

—Desde luego, pero no podrás ocultarte. ¿Dónde piensas meterte para que no te vean?

—El cuarto de motores de la piscina puede servir —susurró él—. No creo que allí me encuentren..., si tú no me traicionas.

Y se dirigió hacia la limpia superficie del agua, un agua tibia en la que se reflejaban las copas de las palmeras. No se movía una mosca en el tranquilo silencio de la mañana, lodo estaba en paz.

Todo menos las metralletas que ya apuntaban a Vance. Todo menos las bocas de muerte que ya estaban buscando su espalda.

CAPÍTULO XV

ERAN tres hombres los que se habían agazapado al otro lado de las palmeras, en una hondonada del terreno que estaba hecha a propósito, pues constituía una auténtica trinchera. Desde ella se podían vigilar las salidas de la casa y convertir en una piltrafa sangrante a cualquiera que tratase de huir.

Los tres tipos vestidos de blanco acababan de ver a Vance. Lo reconocieron inmediatamente, sin una vacilación.

Uno de ellos bisbiseó:

—Todos a la vez, muchachos...

Vance estaba en el mismo borde de la piscina. En torno a ésta había un bordillo de piedra fina que se elevaba un palmo por encima de la finísima hierba circundante. Tirándose a tierra y pegándose a aquel bordillo, uno podía quedar protegido unos instantes de las balas que vinieran del otro lado. Pero sólo unos instantes.

Vance también había visto a los tipos de las metralletas. No era tan tonto. Desde el primer momento se había dado cuenta de que la superficie de la hierba se rompía en un punto, denotando la existencia de una hondonada. En esa hondonada podía ocultarse alguien, y en efecto, Vance vio un brillo metálico.

Pero estaba en el peor sitio, en un lugar sin protección alguna, entre la piscina y la casa. Si hacía un solo gesto brusco, si trataba de huir hacia un lado o hacia otro, le coserían con plomo a mitad de camino. Sólo un loco podía soñar en encontrar un sitio protegido en menos de diez segundos.

A Vance no le quedaba más remedio que fingir no haber visto

nada y avanzar con la mayor naturalidad. Sus enemigos aún no dispararían; seguramente esperarían a tenerlo más cerca, en el borde mismo de la piscina.

Pero todo dependía de un dedo que se mueve.

De un simple reflejo.

Vance lo sabía.

Nunca le había costado tanto avanzar con naturalidad, sabiendo que iba hacia su propia muerte. Nunca unos pasos le habían parecido tan largos. Nunca unos segundos le habían parecido tan eternos.

Conservar la calma, fingir naturalidad en un momento así, hizo que se crisparan los músculos de su cuello y se le secara espantosamente la boca.

Había contenido la respiración.

Llegó al borde de la piscina.

El tiempo parecía haberse detenido. Vance se sentía al borde mismo de la eternidad. Sabía que aquella calma, aquel silencio, eran la entrada de su propia muerte.

Un segundo. Dos...

Había fingido naturalidad hasta aquel momento, pero ahora todo se transformó en una especie de alucinación.

Fue como una serie de chispazos. Se lanzó a tierra, al borde de la piscina, en el instante mismo en que las metralletas soltaban la andanada.

Quedó materialmente pegado al suelo, protegido por el reborde de piedra que rodeaba la piscina. Las balas pasaron altas. Cada plomo le acarició la piel, pero ninguno de ellos llegó ni siquiera a quemarle el traje.

¿Por cuánto tiempo?

Acorralado como estaba, ¿cuántos segundos de vida podían quedarle?

Los tres tiradores seguían apretando los gatillos rabiosamente. Pero pronto se dieron cuenta de que no conseguirían nada con aquel carnaval de fuego.

Uno de ellos barbotó:

—¡Avanza, Oscar! ¡Te cubrimos!

La cosa estaba clara.

Dos de los hombres seguirían disparando para impedir que Vance se moviese. El otro le acribillaría a corta distancia.

¡Y Vance no tenía ninguna posibilidad! ¡Si giraba el cuerpo le liquidarían!

Sólo podía confiar en algo que había preparado al entrar en los jardines de la casa. En algo que pensó ya en el momento de comprar un cuervo amaestrado en el mercado típico de pájaros.

Él había manipulado el cuervo al entrar allí.

El lector lo recordará. Vance lo había tenido un momento en sus manos cuando el cuervo llegó hasta él viniendo desde los árboles.

Y a consecuencia de eso, el animal había volado con una cierta inclinación, ya que le pesaba una pata más que la otra.

Vance lo vio venir. El cuervo volaba hacia él raseando el suelo. Ninguna de las balas le alcanzó, y la verdad fue que ninguno de los tiradores se fijó en él. Nadie se dio cuenta de que aquel cuervo llevaba una granada de mano sujeta a una pata.

Vance se había desprendido de ella por si le cacheaban. Era el propio cuervo el que se la guardaría y se la entregaría en sus propias manos. Y así fue. El pájaro se posó materialmente junto a él sin que parecieran afectarle los estampidos.

Vance desligó la bomba con un veloz movimiento. Para eso no tuvo apenas que alterar la posición de su cuerpo.

Contaba apenas con tres segundos.

El tipo que avanzaba ya estaba casi allí.

Vance arrojó la bomba midiendo perfectamente las distancias. Sabía que tenía que llegar ocho pasos más allá del otro lado de la piscina. La piña trazó una perfecta parábola mientras los dos hombres que estaban en la trinchera la miraban como hipnotizados.

Hasta dejaron de disparar.

No esperaban aquello de ningún modo.

Incluso les pareció una especie de sueño.

Despertaron de aquel sueño mientras les parecía volar hacia los cocoteros, mientras tenían la sensación de que el color del cielo cambiaba. El firmamento azul pareció convertirse en un firmamento rojo.

Para terminar siendo un firmamento negro.

El tercer tirador, el que estaba a mitad de camino, rodeando la

piscina para atrapar de flanco a Vance, se encontró de repente sin protección. Sus amigos ya no le cubrían con el fuego. Lanzó un grito mientras miraba desesperadamente hacia atrás.

Intentó retroceder, pero ya no pudo. Una bala de Vance le hizo tambalearse al borde de la piscina. Braceó como un pájaro herido y cayó al fin mientras levantaba un surtidor color escarlata.

Vance no se entretuvo ni un segundo más allí.

Sentía que estaba localizado. Quizá el coronel Manrique no tenía más guardaespaldas en la casa, aunque estuviera solo era un enemigo temible. Si tenía a Vance quieto frente a él, aunque fuera un solo instante, lo liquidaría.

Por eso el joven saltó hacia la pared con la agilidad de un ciervo. Chocó con ella. Oyó bruscamente unos pasos que llegaban hacia aquel lado de la casa. Oyó también el ruido delator del cerrojo de un arma.

El coronel apareció en la esquina, con la metralleta ya montada, justo cuando Vance se volvía hacia allí. El miedo le había delatado. Chirriaron sus dientes mientras alzaba el cañón del arma.

Tenía unos dientes sanos y fuertes, dientes de lobo carnicero.

Lástima.

Tenía unos cabellos ondulados y negros, cabellos de hombre que todavía presume y sabe lucir el uniforme.

Lástima.

Tenía mucha prisa por disparar. Lástima también porque eso le impidió apuntar bien al sitio donde estaba Vance.

Vance, en cambio, parecía una máquina sin nervios.

No se inmutó.

Hizo fuego una sola vez, pero tirando a la cabeza. Y tuvo la brusca sensación de que los cabellos negros y ondulados se desprendían del cráneo. Tardó en darse cuenta de que aquello era una peluca, tardó en darse cuenta de que aquel cerdo de Manrique era calvo como una bola de billar.

Pero el coronel ya no lo lamentaría.

No volvería a lamentar nada en este mando.

Tenía nada menos que cuatro orificios en la cabeza cuando cayó hacia atrás. Los había encajado todos. Patinó siniestramente sobre las baldosas antes de quedar inmóvil junto a una de las paredes de

la casa.

Vance soltó su pistola.

Pero recogió la metralleta del coronel. Podía ser útil si había más esbirros en la casa.

Miró en torno suyo.

Nadie.

Sólo aquel silencio que se mascaba, aquel silencio que parecía teñirlo todo.

Y al fondo los ojos misteriosos de Katy.

Sus curvas.

Su boca.

—Ha sido un trabajo siniestramente bien hecho —dijo ella—. Pero a este paso no sé qué va a suceder. Me estás dejando sin clientes.

Vance hizo un gesto despectivo con la boca.

Pero no dijo una palabra.

Penetró en el interior de la casa porque había oído ruido en ella. Porque en el interior tenía que haber quizá nuevos enemigos. Porque estaba seguro de que aún no había dejado de ladrar la muerte.

CAPÍTULO XVI

TODA la casa derrochaba lujo. Lo que se había expoliado a la pobre gente de Vallerrico, todo el producto de los impuestos, lo que debía haber sido gastado en obras públicas o en enseñanza estaba allí, invertido en muebles lujosos, en cuadros de firma, en alfombras persas y en mujeres caras. Mujeres caras como Katy. Vance, mientras avanzaba, notó un sabor amargo en la boca.

Pero no sólo era por Katy. Era también porque no había conseguido su objetivo principal al llegar a Isla Magna. Hasta entonces había matado a los comparsas, pero no había logrado acabar con el cerdo de mayor volumen, con el más cebado de todos: el ministro del Interior, Gordon.

Oyó de nuevo rumor de pasos en el piso superior.

Abrió una puerta.

Y vio a los tres hombres que estaban allí. Vio a los tres tipos armados con metralletas que registraban un despacho. Las armas estaban listas para disparar y podían convertir en un colador a Vance en sólo unos segundos.

Cualquiera hubiera sentido un estremecimiento al ver aquello.

Pero Vance, no. Vance, al contrario, sonrió mientras musitaba:

—Por todos los demonios, usted y sus hombres cada vez se atreven a más cosas. ¿Qué hace aquí, Gálvez?

CAPÍTULO XVII

EL hombre que le había dado todas las consignas, el que le recibió en el cementerio, el que le había ayudado a ponerse en la senda de aquella aventura mortal, sonrió también mientras le miraba a los ojos.

—Hola —dijo—. Ya veo que ha hecho usted un magnífico trabajo, Vance.

—Sí, pero me sigue faltando la pieza principal en esta cacería. No le he echado aún el ojo encima a Gordon. Y ustedes, ¿cómo se han atrevido a entrar aquí?

—No era tan difícil. Tenemos enlaces en todas partes. ¿Comprende? Pero ya puede dejar la metralleta, Vance. Estamos entre amigos.

Vance la depositó sobre la mesa. Realmente no necesitaba en aquel momento andar a tiros con nadie. Mientras se situaba cerca de la puerta, murmuró:

—¿Qué busca, Gálvez?

—Documentos comprometedores.

—Ah, va... Entonces sospecho que no le hago falta.

—De todos modos, quédese. ¿Un cigarrillo?

—Parece muy tranquilo, Gálvez.

—Y usted también lo está. Le he visto actuar antes. ¡Diablos, qué máquina sin nervios! Ahora me doy cuenta de que no me equivoqué al escogerle. No creo que haya otro profesional como usted en toda América. Su modo de enviar la bomba contra aquellos esbirros ha sido genial. Y también el último baile de Manrique... ¡Qué pachanga!

—Podía haberme ayudado si lo ha visto —dijo Vance, con un cierto retintín—. Ha habido un momento en que yo mismo me tomaba las medidas para el ataúd.

—¿De veras? Pues yo he tenido siempre la sensación de que no corría verdadero peligro, de que de todos modos iba a vencer. Nunca he visto pelear a nadie de esa forma. Oiga... Mire qué cigarros fumaba ese cochino: especiales de Vuelta Abajo...

Y dio uno a Vance. Este se lo puso en los labios. Uno de los tres hombres que estaban allí le dio fuego.

Fue un momento tranquilo.

Casi un momento feliz.

Uno de los peores trabajos había concluido. Sólo Gordon quedaba por liquidar. Vance podía empezar a sentirse satisfecho.

Vance aspiró el humo.

Casi con placer...

Con calma...

¿Con placer? ¿Con calma?

La pistola que se clavó entre sus riñones le hizo cambiar de opinión. El cañón de la pistola se retorció contra su columna vertebral. La voz lenta y ominosa dijo a su espalda:

—¿Con qué clase de balas quieres morir, perro rabioso?

CAPÍTULO XVIII

LOS ojos de Vance, ligeramente alterados por primera vez en muchos años, aquellos ojos de Vance cargados de asombro rodaron por la habitación.

Miró los rostros de los otros dos hombres. Vio sus bocas torcidas en una sonrisa cruel. Vio las metralletas que le apuntaban.

Y de pronto, aquella especie de cuchillo envenenado penetró en su cerebro.

De pronto, lo entendió.

No necesitó ver aquella fotografía en la que no se había fijado antes, al entrar en el despacho. No necesitó pasar apenas los ojos por aquellos rostros que le miraban desde el vacío.

La foto mostraba una reunión de ministros de Vallerrico, una reunión de gente situada. Mostraba al jefe de policía. Guijarro, a quien él conocía. Mostraba a Manrique, que acababa de morir. Mostraba... ¡mostraba al propio Gálvez!

El hombre que estaba al otro lado de la mesa preguntó con una risita sardónica:

—¿Sorprendido?

Vance no movió un músculo.

No dejó que en su rostro se trasluciese el menor asombro, el menor miedo. Su rostro siguió estando tallado en piedra. Sus manos no se movieron.

Porque de repente lo había entendido todo.

Porque de repente se acababa de dar cuenta de que aquello era el fin.

El hombre que le había contratado musitó:

—Yo jugaba con una ventaja, amigo, una importante ventaja. Tú no conocías a Gordon, es decir, no me conocías a mí. Jamás habías estado en la isla y, además, yo soy muy poco aficionado a aparecer en los retratos. En consecuencia, pude usar el nombre de Gálvez, un legendario luchador que ya llevaba muerto tres meses sin que sus partidarios lo supieran, pues creían que estaba oculto. Realmente lo lanzamos desde un avión al mar infestado de tiburones.

Emitió otra risita viscosa y añadió:

—Con vistas a situarme en lo más alto, con vistas a eliminar al presidente de la república, tenía que quitar antes de en medio a los otros ambiciosos que aspiraban a hacer lo mismo que yo. Tenía que quitar de en medio a los que me comían el terreno, a los que querían situarse delante de mí en la carrera para llegar a la cúspide. Pero no podía usar a ninguno de mis hombres porque todos estaban marcados y porque todos carecían de esa fantástica habilidad que tú has demostrado, Vance. Varias veces te he denunciado, varias veces te he hecho caer en trampas, lo mismo espíandote desde el palacio del presidente que utilizando a la gente del hotel Semiramis, del que soy uno de los dueños. Estaba seguro de que no te matarían, de que acabarías liquidando tú a los que querían ser tus verdugos. Pero la comedia ha terminado, Vance. La aventura se ha ido al diablo. Ahora ya puedes saber que liquidé a aquel correo en el avión donde viajaba tu hermana porque sabía demasiadas cosas acerca de mis transferencias de dinero a otros países. Ahora ya puedes, saber que, efectivamente, busco aquí documentos comprometedores que Manrique guardaba para usarlos en contra mía. No te necesito y ha llegado el momento de que revientes, Vance. ¡Muere!

Y cerró el dedo sobre el gatillo.

Tenía la metralleta a punto.

No necesitaba más que disparar... disparar... ¡disparar!

La bala llegó entonces desde más allá de la puerta.

Atravesó el aire quieto de la habitación.

Y en torno a la cabeza de Gordon se formó una aureola roja. De pronto la sangre pareció brotar de sus mismos ojos. La bala disparada desde más allá de la puerta le había alcanzado de lleno

entre las cejas.

Los otros dos hombres que estaban con él lanzaron un doble grito. Giraron sus cabezas con velocidad de reptiles mientras intentaban saltar. Otra bala llegó desde más allá de la puerta, pero se perdió en el vacío.

No se perdió en el vacío, sin embargo, la alucinante ráfaga de Vance. Este disparó tendiendo tan sólo el brazo, apretando el gatillo de la metralleta que estaba sobre la mesa y haciéndola girar con la misma mano derecha. Los dos hombres que estaban en la habitación fueron cazados de lleno. Encajaron todas las balas. Se estremecieron como locos. Bailaron juntos la misma diabólica pachanga.

Vance no los vio caer.

No le interesaba verlos. Le producían una especie de náuseas.

Giró sobre sus tacones y vio a Katy con la pistola todavía humeante en la mano derecha. Vio su rostro tenso, su cuerpo ligeramente arqueado hacia adelante. Aquel cuerno cubierto por un bikini de dos piezas hecho para los que sólo sabían contar hasta uno.

Vance susurró apenas:

—¿Por qué?

—Yo sabía que era Gordon —musitó la muchacha—, y tenía demasiadas cuentas pendientes con él. Con él y con otros, como el cerdo de Guijarro. Si fingí ser lo que no soy, si vine desde Puerto Rico con la documentación de una golfa, fue para tener pruebas de lo que se hacía aquí. Para poder demostrar un día a qué extremos ha llegado esto.

—Entonces —preguntó Vance, con cierto desencanto—, ¿no eres una chica fácil?

—No. Nunca lo he sido.

La expresión de desencanto en el rostro de Vance se acentuó. ¡El que se las había prometido tan felices!

Dijo con voz opaca:

—Bueno, de lo perdido saca lo que puedas... Lo que necesitaré ahora es un buen refugio hasta salir del país. ¿Dónde puedo ocultarme?

—Yo te llevaré a un lugar seguro —dijo Katy—. Tengo buenos

amarraderos, por suerte. Espera a que me cambie.

Y sin dejar a Vance tiempo para reaccionar, volvió la espalda para dirigirse a una habitación del otro lado del pasillo, donde salió convertido en una damisela cuyos pantalones tan ceñidos, cuya blusa tan apretada convertían aquellas prendas en una parte de su piel. Vance pensó: «Que me mareo...»

Pero también pensó que era una lástima.

Él había confiado, al fin, en que la chica no le crearía ningún problema para...

Bueno, Vance pensaba cosas. ¿Y quién no?

Y ahora resultaba que era una chica decente.

Salió sin mirar a los muertos, sin dirigir una mirada atrás. Y no dirigió tampoco una mirada atrás cuando abandonaron la casa en uno de los lujosos coches que había en el garaje. No dijo una palabra hasta que llegaron al refugio que ella le había buscado.

Pero Vance quedó petrificado al verlo.

¿Aquello era un refugio?

¿Aquél era un sitio seguro?

¡Por todos los diablos!

¡Estaban de nuevo en el mismísimo palacio presidencial!

Vance musitó, mientras los centinelas saludaban:

—Esto es absurdo, muñeca. ¿Cómo quieres que me esconda en una de las habitaciones del amiguito que debes tener aquí? ¿Qué te has creído?

—No tengo ningún amiguito —dijo ella, suavemente, poniendo los labios en forma de piñón.

—¿No? Pues, entonces, ¿cómo vives aquí?

—Por mi padre —dijo ella tranquilamente.

—¿Tu padre? ¿Quién es?

—El presidente Montalvo —susurró Katy, con la misma tranquilidad—. Pero no te preocupes. A la hora de la verdad, a la hora de hacer favores a un amigo, las hijas de los presidentes de la república somos como todas las chicas.

Y siguió adelante.

Vance estaba helado.

Maravillado.

Encantado...

Bueno, también hay que decir que, en cierto modo, estaba hecho polvo.

Con voz de tipo que no quiere comprometerse, murmuró:

—Nunca me he visto en un lío así, nena... ¡Mira que si cuando estamos en lo mejor me atrapa un presidente...!

F I N



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

